EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EN PRIMERA CLASE

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.
1886.

...ENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1885.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Amor conyugal	1	D. N. N.	Todo.
Baltasar y Rafael	1	Sres. Tormo y Pinedo	»
Boda y bautizo	1	D. M. Echegaray	Mitad.
Botasillas	1	Miguel Casañ	Todo.
Cómo se pasa la vida	1	Adolfo Llanos	»
El balneario	1	Eduardo Navarro	»
Futuro imperfecto	1	Cárlos Huete	»
Hidrofobomania	1	M. Casañ	»
La trompeta	1	Adolfo Llanos	»
Los niños terribles	1	Enrique Segovia Rocaberti	»
Nos casamos	1	Adolfo Llanos	»
Reina y martir	1	F. Pi	»
Solteros e ntre paréntesis	1	Perrín y Palacios	»
Venganza aragonesa	1	Manuel Izquierdo	»
Caridad	2	Juan Ortíz	»
El Macareno	2	Miguel Casañ	»
Las de Miguelturra	2	Navarro	Mitad.
Andrea	3	N. N.	Todo.
Carlota de Sain Albert	3	Joaquín Coello	»
Clara Sol	3	Ricardo Rodríguez	»
Don Juan Tenorio. (3.ª parte)	3	Bartrina y Arus	»
Dora	3	Javier Santero	»
Diavolin	3	Segovia y Blasco	»
El cercado ajeno	3	Federico Soler	»
El general Monleón	3	Javier Santero	»
En primera clase	3	M. Echegaray	»
La Sociedad	3	Federico Gómez	»
Lola	3	Enrique Gaspar	»
Las de Regordete	3	E. Sierra	»
Le Maitre de Jorges	3	Erckman Chatriam	»
Pedro López	3	Rafael García Santistéban	»
Teresa Raquin	3	Hermenegildo Giner	»

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Animales y plantas	1	D. E. Navarro	L.
Baños sulfurosos	1	E. Navarro	L.
De músicos y locos	1	M. Nieto	M.
El fonógrafo	1	José del Castillo	L.
El Barbián de la Persia	1	E. Navarro	L.
El puesto de las castañas	1	E. Navarro	L.
El último tranvía	1	R. Blasco	1|2 L.
Frutos... coloniales	1	Luis Arnedo	M.
La divina zarzuela	1	José del Castillo	1|2 L.
La Pilarica	1	Sres. G. Perrin y Miguel de P.	L. y M.
¡Muchacho!	1	D. A. Corsino y Suppé	L. y M.
Pintar como querer	1	Maunel Nieto	M.
¡Quién fuera ella!	1	Perrin, Palacios y Nieto	L. y M.
Cosas de Madrid	2	Arango, Ascensio y Viaña	L. y M.
De Madrid á los corrales	2	Cárlos de Olona	L.
Los horrores de la guerra	2	Arango y Viaña	L. y M.
Mascarada nacional	2	Bolumar y Peidro	L. y M.
Pinafor	2	Llanos y Taboada	M. y 1|2 L.
El año de la Nanita	3	Luis M. de Larra	L.
El corazón en la mano	3	Miguel E. Tormo	L. y M.
El rey reina	3	Sres. Tormo y Nieto	L. y M.
El viaje á Suiza	3	D. M. Echegaray	1|2 L.
Graciela (ópera)	3	Francisco Javier Blasco	M.
La guerra alegre	3	Casademunt y Henrich	L. y M.
Un regalo de boda	3	Zapata y Marqués	L. y M.

EN PRIMERA CLASE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.
Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.

EN PRIMERA CLASE

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORICINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la PRINCESA en la noche del 22 de Enero de 1886.



MADRID,
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal.*

1886.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOLEDAD	Mendoza Tenorio.
AMPARO	Julia Martinez.
JACINTA	Villar.
DON PABLO	Sr. Mario.
DON RAMÓN	Sr. Cepillo.
ENRIQUE	Sr. Sanchez de Leon.
ERNESTO	Sr. Rubio.
UN LACAYO	Sr. La Hoz.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con extraordinario lujo y ostentación en el piso bajo de un palacio: puertas laterales: en el fondo grandes ventanas corridas que dejan ver el parque.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD, JACINTA, D. RAMÓN.

SOL. Que se obedezcan mis órdenes,
Jacinta, no equivocarse.
La habitación de la izquierda
es la habitación del padre,
la azul; y para la hija
la de al lado, la granate.
Las dos en el piso bajo
y con las vistas al parque.
Que á la estación baje Pepe
á las cuatro de la tarde,
que reciba los viajeros
y traiga los equipajes,
y disculpe á mi papá
si á recibirlos no sale.
Para las seis la comida,
y á las ocho mi carruaje.
JACINTA. Está muy bien. ¿Nada más?
SOL. Nada. Puedes retirarte.
(Vase Jacinta por la derecha.)

ESCENA II.

SOLEDAD, D. RAMÓN.

RAMON. Así te deseo, hija.
Esa actividad me place.
Disponiendo y ordenando
sin olvidar un detalle.
Eres el alma de casa.
SOL. ¡Soy el alma de mi padre!
RAMON. Eso sí, mi alma, mi vida,
mi orgullo. Con ese talle
divino, con tal figura,
con tal cara, con tal aire,
y con alma tan hermosa
que por tales ojos sale,
en el corazón de muchos
levantarás tempestades,
y á tus plantas los verás
enamorados y amantes;
mas cariño como el mío,
tan puro, tan invariable,
tan verdadero, tan noble
y tan santo, no te canses,
no le busques.
SOL. Ya le tengo.
¿Para qué quiero buscarle?
RAMON. Por desgracia mi cariño
á tí no puede bastarte.
SOL. ¿Y por qué no?
RAMON. De la vida
es la ley inexorable.
SOL. ¿Tú crees?...
RAMON. Si no me quejo.
Enrique es tan insinuante,
hace versos tan bonitos
y dice tan bellas frases...
SOL. Es un amigo, papá.
RAMON. Un amigo tan constante,
que á verme todos los días
viene á las tres de la tarde.

Dan las tres, se oyen sus pasos,
se arrebata tu semblante;
entra, saluda, las horas
á tu lado pasa hablándote,
y yo, al mirar tal desvío,
pienso sin incomodarme:
si ha venido á verme á mí
lo disimula bastante.

SOL. Pero si yo...

RAMON. No lo niegues,
hija mía, será en balde.
No se lo digas al mundo,
porque pudiera burlarse:
el mundo es frívolo, es necio,
en maldecir se complace;
como no siente, le aburren
las cosas sentimentales.
No se lo digas á él
si no te dió pruebas antes
de su amor y su pasión
de una manera indudable,
que en cuestiones de cariño
el hombre debe ir delante,
y la mujer, que es pudor,
detrás sin apresurarse,
concediendo y no ofreciendo
porque la mancilla el aire.
Pero á mí no me lo niegues;
te idolatro, soy tu padre,
y leo en tu corazón,
mi Soledad, tus afanes.

SOL. Pues si es cierto, ¿á qué negarlo?
Si le viste, ¿á qué ocultarte
este amor? ¿Ni á qué decirlo
tampoco, si ya lo sabes?
De niña le conocí.
En dulces horas fugaces
fué mi solo compañero;
empecé temprano á amarle;
esta afición con los años
ha ido creciendo, ensanchándose,
y hoy me ocupa el corazón

y el pensamiento su imágen.
Afanes los has llamado,
y en verdad que son afanes,
porque no encuentro en su pecho,
donde quisiera mirarme,
del grito del alma mía
el eco dulce y amante.
Cariñoso, pero frío,
aunque reservado, amable,
con los ojos muy valiente,
con la lengua muy cobarde,
y ante su expresión simpática
y ante su mudo lenguaje
ya el corazón desespera,
ya con esperanzas late,
llena mi boca de risas
ó en lágrimas se deshace.

RAMON. ¡Pobre chiquilla mimada!
¡Yo sólo soy el culpable!
Te has acostumbrado mal.
Sólo he sabido mimarte.
Con mi oro, varita mágica
que tantos milagros hace,
tus más extraños caprichos
voy trocando en realidades,
y ante el menor contratiempo
protestas desesperándote.
Eres joven: no has podido
adivinar su carácter,
penetrar su pensamiento.
También como tú combate,
como tú también suspira
y son negros sus afanes.
Tú rica, tú poderosa,
tú opulenta, sin rivales,
y él pobre, oscuro y humilde,
¿cómo no quieres que calle?
¿No conoces su fortuna,
su renta? Veinte mil reales.
Los tiene mi mayordomo,
te los gastas en un traje.
Su silencio no es desvío,

que de su amor da señales.
La altivez le vuelve mudo,
la dignidad le retrae,
y á mis ojos le enaltecen
tan honrosas cualidades.

SOL. Entonces, ¿no hay esperanza?

RAMON. ¿No hay esperanza? ¡Y tu padre!
Tu padre lo puede todo,
un millonario, un gigante.
¡Yo te haré feliz!

SOL. ¿De veras?
¡Será difícil!

RAMON. Muy fácil.
Yo le ayudaré á subir,
yo le haré dichoso, grande,
y le daré posición,
fortuna, mas con tal arte,
que él juzgue que vá ganando
lo que le pongo delante.
Y aquel dia en que los dos
os llegueis á ver iguales,
yo le llamo, él se declara,
y tú lloras y á casarse.

SOL. ¡Ay! me devuelves la vida.
Acabaron mis pesares.
¡Los tres juntos! ¡En sus brazos
los dos! ¡No, vírgen del Cármen,
en los tuyos! La alegría
me hace decir disparates.
¿Y dices que sólo tiene
el pobre veinte mil reales?

RAMON. Esa es su renta, y con ella
pasa vida miserable.

SOL. Mira, cuando nos casemos
se los dejo para guantes.

RAMON. Para que fume, ó se compre
cualquier cosa, ó los regale,
ó si le estorban los tire
en la mitad de la calle.

SOL. ¡Estoy loca, padre mío!
¿Te vás?

RAMON. Tengo que ocuparme

en mil asuntos. No puedo
bajar al tren un instante
para recibir á Pablo.
Hasta luego.

SOL. Sin besarme.

RAMON. ¡Qué zalamera!

SOL. En la frente.

RAMON. Donde se besa á los ángeles.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA III.

SOLEDAD.

—No es devaneo ó capricho,
no es afición pasajera,
de niña de pocos años
que no sabe lo que piensa.
Es amor grande, profundo,
y que toda el alma llena.
Con él ó sin él: vivir
ó morir: gloria ó miseria.
¡Una alegría sin límite
ó una desventura eterna!

ESCENA IV.

SOLEDAD, ENRIQUE por la derecha, segundo término.

ENR. Felices tardes.

SOL. ¡Enrique!

ENR. ¿Cómo estás, Soledad?

SOL. Buena.
Siempre en casa tan constante.

ENR. Mi visita, la primera,
donde mejor me reciben,
la que hago con más frecuencia,
con más placer. Cuando aquí
no vengo á dar una vuelta,
cuando no nos estrechamos
don Ramón y yo con fuerza
las manos, cual dos personas

que se quieren muy de veras,
cuando contigo no cambio
cuatro palabras de cerca,
y no me sigue tu voz
hasta el umbral de la puerta,
falta el aire á mi pulmón,
falta la sávia á mis venas
y en el libro de mi vida
no asiento aquel día en cuenta.

SOL. (Esto es algo)

ENR. Encuentro aquí
lo que me falta en la tierra,
un hogar, una familia
que me atiende y considera,
ese centro necesario
donde á cada hora se llega,
para descansar fatigas
ó para llorar flaquezas.
Tu padre que me predica
y me advierte y me aconseja,
y tú que á veces me aguardas
desde el pie de la escalera
con sonrisa tan graciosa
en esa boca tan fresca,
que al mirarla me contagio,
y aunque disgustado venga,
al verte reir, me rio,
y se me acaban las penas.

SOL. (Va muy bien, pero muy bien:
que siga y no se detenga.)
¿Penas tú?

ENR. ¿Quién no las tiene?
¿Quién soy? Un triste poeta,
es decir, nadie, un sonámbulo
condenado á la pobreza.
¿Qué voy á ser? Todo ó nada:
este es mi sólo dilema,
y me devoran la duda,
el deseo y la impaciencia.
Unas veces la ambición
en mi pecho se despierta,
y sueño, dichas, honores,

maravillas y grandezas,
un puesto junto á las nubes
y una aureola en mi cabeza.
Pero otras el desencanto
de todo me desalienta.
Desden me inspiran los hombres
y disgusto la existencia
y á Dios le pido un rincón,
léjos, donde no me vean,
donde dormir descansado
sin envidias ni grandezas.
Y en estas luchas que traigo
y estas dudas que me asedian
no encuentro un ser, un apoyo
que me anime y me sostenga,
que ilumine mi camino
dándome alientos y fuerzas.

SOL. ¿No lo encuentras?

ENR. No lo veo
y lo busco.

SOL. (¡Quién pudiera
exclamar: aquí le tienes!
Ciego, si le tienes cerca.)

ENR. ¿Á qué puedo yo aspirar?

SOL. Á todo. ¡Cuánta modestia!

ENR. Yo no tengo posición.

SOL. Pues busca quien ya la tenga.

ENR. No es digno.

SOL. Pues no ha de ser.
Tus méritos.

ENR. Exageras
mis méritos.

SOL. Haces versos
preciosos.

ENR. Como cualquiera.

SOL. Se admiran.

ENR. Mas no se venden.
En el mundo hay diferencias
que separan.

SOL. Y en el alma
cariños que si se encuentran
salvan abismos.

ENR. Soy pobre.
SOL. ¿Y qué?
ENR. Mi delicadeza...
SOL. Llámala orgullo.
ENR. Es honrado
sentimiento.
SOL. La soberbia
es pecado.
ENR. ¡Soy tan pobre!
SOL. ¿Y qué importa la pobreza?
(¡Ay! esto no es ir detrás
como mi padre desea,
sino delante!)
ENR. Si yo
algún día me atreviera...
SOL. ¿Si te atrevieses á qué?
ENR. Si me atreviese...
SOL. ¡Qué flema!
ENR. Á adorar.
ERN. (Por la derecha, segundo término.)
Muy buenas tardes.
(Con un ramo de flores.)
SOL. (¡Mi primo! ¡Maldito sea!)

ESCENA V.

DICHOS y ERNESTO.

ERN. Adios, prima de mi alma,
permíteme que te ofrezca
del jardin de mis amores
la más delicada muestra.
Si te dignas admitir...
SOL. Muy bonitas. Como esas
tengo en mi jardin á miles
y más grandes y más frescas.
ERN. Pero estas están regadas
con cariño.
SOL. (¡Qué babieca!)
ERN. ¿No lo quieres aceptar?
SOL. Déjalo sobre la mesa.
ERN. ¡De mis manos á las tuyas,

Soledad!

SOL. ¡Ay! venga, venga!
Ya le tomo. (Lo coge y lo deja en la mesa.)

ERN. Muchas gracias.

SOL. Á tí yo por la fineza.

ENR. ¿Te marchas?

SOL. Voy á avisar
á papá para que venga..
No sabe que estais aquí.

ERN. Adios, prima... ¡y no contesta!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VI.

ERNESTO y ENRIQUE.

ENR. Por lo visto, esos amores
desgraciados no prosperan?

ERN. ¡Hoy ha estado más amable
que otros días!

ENR. ¡Qué hechicera!
¿No es verdad?

ERN. ¡Y qué mimada!
Á mí me trata á baqueta.

ENR. ¡Bah, quién sabe!

ERN. No es posible:
viviré cual alma en pena,
pues debiendo ser mi esposa
se casará con cualquiera.
El parentesco, el dinero,
el amor, la conveniencia,
son razones que este enlace
acreditan y aconsejan,
pero ella dice que no
y el padre cual ella piensa.

ENR. Los primos siempre se casan.

ERN. Soy excepción de la regla.

ESCENA VII.

DICHOS, SOLEDAD, RAMÓN por la izquierda.

RAMON. ¡Mi querido Enrique!... Ernesto,

por aquí.

ERN. Por aquí estamos, tío.

ENR. Señor don Ramón.

RAMON. ¿Qué tal? ¿En qué has ocupado la mañana?

ENR. ¿Yo? Escribiendo.

ERN. ¿Versos?

ENR. Versos.

RAMON. ¿Y tú, vago?

ERN. En la misma ocupación.

SOL. ¿En hacer versos?

ERN. La he empleado... en nada. Por eso digo que en lo mismo.

SOL. ¡Qué muchacho tan chistoso!

ENR. No te importe. Sabes que no le hago caso.

ERN. ¿Conque huéspedes tenemos?

SOL. Deben llegar á las cuatro.

RAMON. No son huéspedes, Ernesto.
No son visita de paso;
vienen á vivir conmigo
si quieren por muchos años.

ENR. El nuevo administrador
de usted, el apoderado
general,

RAMON. ¡Oh, no! tampoco
merece ese nombre, Pablo.
Nos conocimos de niños,
juntos nos hemos criado,
juntos en un mismo dia
la carrera terminamos.
Hombre yo de actividad,
de ambicion y de entusiasmo
me dediqué á los negocios
con éxito extraordinario,
y él mozo humilde y modesto
y de talento muy claro,
se olvidó del porvenir,
dejó la carrera á un lado

y allá se marchó á un villorrio
á cuidar cuatro sembrados
y tres viñas, y á entregarse
á las fatigas del campo,
como nos dijo el poeta,
ni envidioso ni envidiado.

ENR. Pues en mi pobre opinión
hace usted mal en sacarlo
de su retiro tranquilo
y traerle á este maremagnun
de la vida cortesana
tan llena de sobresaltos,
porque allí vive feliz
y aquí será desgraciado.

RAMON. He sabido que la ruina
le persigue, que el embargo
le ha arrebatado sus bienes,
y que vive hace dos años
en la más negra miseria
y el más triste desamparo.

ENR. Entonces ha hecho usted bien;
su hermosa conducta aplaudo.

SOL. El corazón de mi padre
es muy grande.

ENR. Ya hace rato
le conozco.

ERN. Yo también
pienso así; pero me escamo.
Él sabrá sembrar patatas
y podrá podar un árbol,
más no manejar millones
ni decorar un palacio.
¿Viene toda la familia
con él? Será hombre casado,
porque en el campo se casan
esas gentes que es un pasmo.

RAMON. Es viudo con una hija.

ENR. ¿Una niña?

ERN. ¡Malo, malo!

RAMON. De la edad de Soledad.

ERN. Veintisiete.

SOL. ¡Veinte!

ERN. (Y cuatro.)
RAMON. Otra feliz circunstancia.
Podré así tener al lado
de Soledad una amiga
que la acompañe.
ERN. ¡Canario!
Querido tío del alma,
está usted disparatando.
¡Al lado de Soledad
una paleta! ¡Qué diablo
de ocurrencia! Por el cielo,
piénselo usted más despacio.
Se merece Soledad
otra cosa mejor, algo
de buen tono, *une demoiselle*
de compagnié, lo indicado,
que hable francés y alemán
y sepa sentarse al piano.
¿Qué figura hará en el coche
esa infeliz á tu lado?
Aunque no la he visto nunca
te puedo hacer el retrato.
Unas manos como lija,
un cuerpo de dromedario,
una cara como un pan
y por nariz un ochavo,
gran moño de picaporte
y diez ó doce refajos.
Desde hoy tu coche tendrá
ocho asientos bien contados:
los cuatro que tiene siempre
y un suplemento de cuatro.
SOL. ¿Pero en dónde?
ERN. En las caderas
de la muchacha.
ENR. ¡Qué bárbaro!
SOL. Pero ¡qué gracioso vienes
hoy!
ENR. Hoy viene epigramático.
RAMON. ¿Estará dispuesto todo
para recibirlos?
SOL. ¿Llamo?

(Llama á un timbre: Jacinta por la derecha, segundo término.)

JACINTA. ¿Llaman?
SOL. De la señorita
¿está preparado el cuarto?
JACINTA. Está ya.
SOL. Que el jardinero
la ponga en su mesa un ramo.
La gustará de seguro,
pues como viene del campo.
JACINTA. Está bien.
RAMON. ¿Y el del señor
está también preparado?
JACINTA. También, sí.
ERN. Que el jardinero
le ponga en la mesa un ramo.
Le gustará de seguro,
pues también viene del campo.
SOL. Tienes razón. Para él
éste. Yo se lo regalo.
(Dá á Jacinta el ramo que trajo Ernesto.)
ERN. Pero prima...
SOL. Vente ahora
con burlas.
ENR. Bien se ha vengado.
ERN. Sí, venganza de mujer.
Diez golpes por un amago.
Te dan una puñalada
si das un alfilerazo.
RAMON. Ya es la hora. Deben venir
muy pronto.
SOL. Como está un paso
la estación.
RAMON. Cinco minutos.
ENR. Entonces podrá anunciarnos
su venida de la máquina
el silbido prolongado.
SOL. No se oye nunca de dia.
Como hay aquí tanto tránsito,
tanto ruído. Si de noche,
muchas veces le he escuchado.
Y en verdad que ese silbido

trémulo, estridente, largo,
en la calma de la noche
hasta mí triste llegando
me hace daño. Pienso oir
la queja de un ser humano,
un ay, un adios postrero,
un lamento.

ERN. ¡Bravo, bravo!
¡Romanticismo, poesía!
Eso es de éste, eso es un plagio.

ENR. ¡Oh, no es mio!

SOL. ¡Lo que es hoy
estás, Ernesto, antipático!

RAMON. ¡Un coche!

SOL. ¿Son ellos?

RAMON. Sí.
Ven á recibirlos.

SOL. Vamos.
(Salen por la derecha segundo término.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, ERNESTO.

ENR. Vamos á verlos, Ernesto.

ERN. Vamos allá.
(Se asoman á la ventana.)

ENR. Ya han bajado.
¿Qué te parece la niña
ahora que la ves?

ERN. Soy franco.
No tiene mal aire. Creo
que anduve algo exagerado.

ENR. ¿Y el padre, dí?

ERN. No está mal,
puede pasar.

ENR. Pues es claro.
Si no es un hombre vulgar,
Ernesto, es un abogado.

ERN. Pero si no ocupo el tiempo
en burlarme, ¿en que lo paso?

ESCENA IX.

DICHOS, D. RAMÓN, D. PABLO por la derecha, segundo término.

RAMON. Ya estás en tu casa.
PABLO. ¡Oh, sí,
gracias con el corazón!
Qué bien te encuentro, Ramón,
no pasa el tiempo por tí.
RAMON. Pues algunos años van.
PABLO. Yo te llevo algun camino.
RAMON. Te presento á mi sobrino,
y á don Enrique Guzmán.
PABLO. Señores... ¡oh don Ernesto!
ERN. ¡Don Pablo! ¿Conqué es usté?
PABLO. El de siempre: ya me vé.
ERN. ¿Con el mismo humor?
RAMON. ¿Qué es esto?
¿Sois amigos?
ERN. Amistad
de verdad.
PABLO. Sincera y fiel.
ERN. En mis cacerías él
me ha dado hospitalidad,
y mi escopeta y mi perro
aliviaron su fatiga
bajo la emparrada amiga
de su casita del cerro.
Nos dió provisión completa.
Á mí rico moscatel,
agua fresca á mi lebrel
y pólvora á mi escopeta.
PABLO. ¿Qué casa, verdad?
ERN. Tenía
un magnífico horizonte.
RAMON. Tú siempre de monte en monte.
ERN. Esa es mi sola manía.
ENR. Es cazador de renombre.
ERN. Lo soy de los más felices.
PABLO. (¡Los conejos y perdices

que le he vendido á este hombre!)

ERN. (Á Enrique.) Tú le debes conocer.
Una vez fuiste conmigo,
con Jacobo y con Rodrigo.
Era ya el anochecer,
y á la puerta del jardín
una niña encantadora
salió.

ENR. La recuerdo ahora:
una como un serafín.
Los tres nos quedamos fijos.

ERN. ¡Qué cara de gozo ha puesto!

PABLO. Pues cara de padre, Ernesto,
cuando alaban á sus hijos.

ERN. Mas, ¿dónde está?

RAMON. No ha querido
entrar conforme ha llegado.
Soledad se la ha llevado
á cambiarla de vestido.

PABLO. En las mujeres el traje
es una cosa esencial,
y Amparo viste tal cual.

RAMON. Y el viaje, ¿qué tal?

PABLO. ¡Mal viaje!
Para venir en tercera
hemos hecho economías,
y si tardamos dos días
venimos en la perrera.
Revueltos y confundidos
llegamos gordos y flacos,
cestas, maletas y sacos,
cuatro chicos maldecidos,
doce personas cabales
sobre un banco de madera
en un vagón de tercera
sin cortinas ni cristales.
Todo encontró el paso franco:
allí el viento nos heló,
allí el polvo nos manchó
haciendo en mis ojos blanco,
allí nos mojó la lluvia
cayendo con rapidez,

y hasta el sol más de una vez
metió su cabeza rubia.
Un monstruo de ambas Castillas
con su volúmen me ahogaba;
una madre que lactaba
el chiquillo á mis rodillas
trasladó desde su falda;
en mí se apoyó un anciano
y un licenciado cubano
se durmió sobre mi espalda,
soplando de un modo tal,
que yo pensé convencido:
¡éste alguna vez ha sido
órgano de catedral!
No dormí, no descansé,
todo el cuerpo me dolía,
en una estación, de día,
para respirar bajé,
y haciendo burla mortal
de mí, miré un señorón
dentro de un coche-salón
detrás del limpio cristal.
¡Qué gran gorro hasta las cejas
y hasta el cogote metido!
¡Qué hermoso gabán, subido
hasta las mismas orejas!
En su bien pequeña mano,
¡qué guante de rica piel!
Un lacayo cerca de él
y en su boca un gran habano.
Allí sedas, almohadones,
caloríferos, alfombra,
cortinajes que dan sombra
y hasta cama con colchones.
Con envidia le miré,
sonó el pito, con trabajo
volví á sentarme en el tajo
de mi banco, y exclamé
con triste y sentida frase
y con amargor profundo:
¡Qué gran cosa es en el mundo
viajar en primera clase!

RAMON. ¡Siempre el mismo!
PABLO. ¡Bueno fuera
que ahora cambiase, Ramón!
¡Qué lujo, qué ostentación!
También viajas en primera.
RAMON. Como siempre, desde entonces.
PABLO. Esto no es casa, es palacio.
RAMON. Ya la veremos despacio.
Verás mis cuadros, mis bronces.
PABLO. (Examinando un sillón.)
¿Esto, chico, es terciopelo?
RAMON. ¡Vaya!
PABLO. Le desconocía.
Más de treinta años hacía
que no le veía el pelo.
RAMON. ¿No ha llegado á tu lugar?
PABLO. Esta es visita de ricos.
Por la puerta de los chicos
se pasa sin saludar.
ERN. Pues ya los ricos le vemos
sin lanzarle una mirada.
RAMON. En honor á tu llegada
hoy todos juntos comemos.
¿Vendrá usted, Enrique?
ENR. Sí.
RAMON. ¿Y tú?
ERN. No pienso faltar.
RAMON. Á las seis.
ERN. Voy á avisar
á mi casa.
ENR. Por aquí
pronto volvemos los dos.
He tenido un gran placer...
PABLO. Yo también.
ERN. Hasta más ver.
PABLO. Adios, cazador.
ERN. Adios.
(Salen por la derecha segundo término.)

ESCENA X.

D. RAMÓN, D. PABLO.

PABLO. Ahora que ya puedo hablar
dominando mi emoción,
dame esa mano, Ramón,
que yo debiera besar.
Deja que con tierno acento
á tu conducta conteste,
deja que te manifieste
mi eterno agradecimiento.

RAMON. Pablo, vengan esas manos,
y lo que hice da al olvido.
¿Por ventura, no hemos sido
los dos como dos hermanos?
El que lo fué para mí
quiero que á mi lado viva.
Tú estás abajo, yo arriba,
yo te levanto hasta aquí.
¿Por la mas sencilla acción
quieres hacerme un retablo?
No me ha marchitado, Pablo,
la riqueza el corazón.
Si está mi casa repleta
y de esplendores es centro,
también soy rico por dentro,
Dios hizo su obra completa.

PABLO. He venido, y sin embargo
no con gusto: soy leal.
Has elegido muy mal.
Yo no sirvo para el cargo.
De creerlo no concluyo.
Yo soy torpe, aunque soy bueno.
¿Cómo conservar lo ajeno
el que ha perdido lo suyo?

RAMON. Millones supe ganar
tantos, uno de otro en pos,
que aunque pierdas uno ó dos
no lo vamos á notar.
Mas yo te conozco á tí.

Lo mucho que vales, sé.
PABLO. Valgo poco.
RAMON. Pues tendré
un hombre honrado.
PABLO. Eso sí.
RAMON. Honrado y trabajador
y viviré satisfecho.
¿No sabes lo que me ha hecho
mi último administrador?
Era hombre listo en verdad.
Gracias al ferro-carril
huyó con cuarenta mil
duros.
PABLO. ¡Qué barbaridad!
RAMON. Estará en el extranjero.
El cargo le fué fecundo.
PABLO. ¿Pero es que existe en el mundo
de verdad tanto dinero?
RAMON. Sin duda.
PABLO. ¡Vaya por Dios!
¿Cómo habrá gentes tan ricas?
RAMON. ¿Más no vienen esas chicas?
PABLO. Aquí tienes á las dos.

ESCENA XI.

DICHOS, SOLEDAD, AMPARO por la derecha, primer término.

SOL. Aquí estamos.
PABLO. ¿Vés, Ramón?
Míralas: de hoy conocidas,
abrazadas, confundidas,
como hermanas.
RAMON. Ya lo són.
La expansión es atributo
del que es joven: contenerse
no es fácil, verse y quererse
todo es cuestión de un minuto
Así nos pasó á nosotros;
ya los viejos nos volvemos
recelosos, nos tememos,

y los unos á los otros
nos vemos con extrañeza,
y nunca nos confundimos
y á las veces nos huimos.

PABLO. Ley de la naturaleza
de la que somos vasallos
y á la que tú madre llamas.
Mira de un árbol las ramas,
mira los primeros tallos,
nacer juntos los verás,
casi gemelos parecen,
pero á medida que crecen
se van separando más.

RAMON. ¿Qué me dices de este diablo
que me deparó el destino?

PABLO. Que no es diablo y que es divino.

SOL. ¡Ay! muchas gracias, don Pablo.

PABLO. ¿Y mi muchacha?

RAMON. Un primor.
¡Fresca, lozana y gentíl!

PABLO. Esa es Mayo.

RAMON. Y esa Abril.

SOL. Don Pablo.

AMPARO. Por Dios, señor.

PABLO. De ser bella no presume.

RAMON. Pues es hermosa.

PABLO. Y muy buena.

RAMON. La flor de la Sierra llena
de modestia y de perfume.

PABLO. De dinero tienes más.
Me has cogido el prímer puesto;
pero confiesa que en esto
yo no me he quedado atrás.

RAMON. Lo confieso.

PABLO. Y no te asombres
si me ves hacer extremos.
En fin, chico, que nos hemos
portado como dos hombres.

RAMON. Ésta sin su madre está
y como solos quedamos
con el alma nos amamos,
¡con toda el alma!

SOL. Papá.

PABLO. Tampoco esta tiene madre.
Perdí á mi pobre María
y esta es mi sola alegría,
mi único consuelo!

AMPARO. ¡Padre!

RAMON. Para ella anhela tener,
para verla venturosa,
y es feliz, es muy dichosa.

SOL. Sí, papá.

RAMON. No lo has de ser.
Tiene paz, tiene reposo,
tiene mi amor, el primero,
y tiene mucho dinero
sin el cual nadie es dichoso.
Lo que quiere á cada instante
leo en esa frente hermosa,
y en cuanto pide una cosa
se la presento delante.
¿Un aderezo? Pues tiro
el dinero sin temor.
¿Desea un coche? El mejor
que pasea en el Retiro.
¿Quiere un traje?... El mejor traje
que se presenta en la corte;
y al Sur, á Levante, al Norte
como reina va de viaje.
Y en mil fiestas envidiada
y llena de adulaciones,
ilumina los salones
de mi espléndida morada.
Estoy loco y sin temer
la confieso mi locura,
porque esa dulce criatura
no abusa de su poder.
Ella mi ídolo, ella sola;
para ella todos mis dones;
su pedestal cien millones,
mi cariño su aureola!

PABLO. Pues esta vive mimada
y cuanto pide la doy,
todo... Lo cierto es que hasta hoy

nunca me ha pedido nada
y me sale muy barato.
Nunca dige: mal he dicho.
Una vez tuvo un capricho
y á fé que me dió mal rato.
En el alto de un cerrito
hay una iglesia en mi villa
y dentro de una capilla
un Santo Cristo bendito.
Es el patrón del lugar.
Su dia es fiesta que goza
de mucha fama, y no hay moza
que no desee estrenar
y se presentan con brillo
las hijas de los pudientes.
Ésta quiso unos pendientes
de oro, de lo más sencillo.
Con risas me lo pedía,
y tan mimosa la ví,
que la contesté que sí
sin saber lo que decía.
¿Cómo acallarla en sus quejas?
¿Pendientes? Ni los peores:
Tenía cien acreedores
pendientes de mis orejas.
Forjé planes diferentes;
no dormí, no descansé;
y por último, exclamé:
¡Vas á tener los pendientes!
El no fumar es mi potro,
yo fumo como ninguno,
en la colilla del uno
empiezo á encender el otro.
Al día, fumando mal,
gasto dos reales cabales,
pensé: pues ahorro dos reales
y al mes tengo un capital.
No fumo, de los valientes
soy: pasaré mil apuros.
En tres meses nueve duros,
y se compran los pendientes.
¡Qué día pasé el primero

sin una triste chupada!
Concluyo el almuerzo, ¡y nada!
Concluyo la cena, ¡y cero!
Con súplicas ó violencia
voz interior me decía:
¡Tabaco! y yo respondía:
¡No hay tabaco, ten paciencia!
¡Qué tres meses, qué belén,
qué fatigas, qué sudor!
Es fuerza ser fumador
para comprenderlo bien.
Por fin salí del atranco
Al mirar junto el dinero
corrí á casa del platero
para ir después al estanco,
y cogidos por el brazo
fuimos los dos á la fiesta
para el gran día dispuesta
marchando sin embarazo,
yo orgulloso y ella loca,
los dos locos, ¿cómo no?
Ella con pendientes... ¡yo
con mi cigarro en la boca!

SOL. ¡Pobrecillo! ¿Quién hiciera
otro tanto? ¡Eso es querer!

RAMON. Pues desde hoy ha de tener
los pendientes que ella quiera.

PABLO. Y todo por tí, Ramón.
Nos sacas de la indigencia,
te debemos la existencia
y la honra y la salvación.
Llegaste muy oportuno;
ya estaba en el precipicio;
por tí no habrá sacrificio
que no hagamos.

AMPARO. ¡No, ninguno!

RAMON. Y como hermanos aquí
siempre juntos viviremos.

PABLO. Una familia seremos.

SOL. Sólo una familia, sí.

PABLO. Tengo un capricho.

RAMON. Habla claro

y dilo sin cortedad.
PABLO. ¡Abrazar á Soledad
y que abraces á mi Amparo!
RAMON. ¡Acepto de corazón!
PABLO. Pues yo la espero sin calma.
SOL. (Corriendo á él.)
¡Don Pablo, con toda el alma!
AMPARO. (Corriendo á él.)
¡Con la vida, don Ramón!

ESCENA XII.

DICHOS, ERNESTO por la derecha, segundo término.

ERN. Aquí me tienes, primita.
¡Amparo!
AMPARO. ¡Gracias á Dios!
PABLO. Son muy amigos los dos.
ERN. ¡Qué bonita!
SOL. (Sí es bonita.)
ERN. Vió usted á mi prima ya,
qué cara, qué aire, qué porte!
Es lo mejor de la córte.
Tiene chic.
PABLO. Si lo tendrá.

ESCENA XIII.

DICHOS, ENRIQUE por la derecha, segundo término.

ENR. Yo soy puntual á la cita.
RAMON. Poeta y puntualidad.
ENR. Que lo diga Soledad.
SOL. Ya lo creo.
ENR. (Reparando en Amparo.) ¡Ah! Señorita!
AMPARO. Caballero...
PABLO. Es hija mia,
mi Amparo, de la que hablamos.
ERN. La muchacha que encontramos
en aquella cacería.
RAMON. Es un pedazo de gloria.
ENR. Tan sólo una vez la ví,

pero la recuerdo.
AMPARO. ¿Sí?
Yo también.
SOL. (¡Buena memoria!)
ENR. Trás penosa cacería
nos sentimos fatigados,
y por el monte extraviados
su casa fué nuestra guía.
Un perro que estaba alerta
nos recibió alegre y franco
y sobre rústico banco
descansamos á la puerta.
La sed que nos abrasaba
apagó usted servicial
con agua de un manantial
que de una peña brotaba.
Cuatro lances referimos,
cuatro palabras cambiamos,
las manos nos estrechamos
y al anochecer partimos.
Saltamos dos riachuelos,
seguimos senda molesta,
y desde el pie de la cuesta
saludamos con pañuelos.
El sol triste se ocultaba
y usté en un alto se erguía.
Era un sol que se ponía
y otro que se levantaba!
RAMON. ¡Es poeta y soñador!
PABLO. ¡Siempre el poeta delira!
SOL. (¡La requiebra y no me mira!)
AMPARO. (¡Qué bien habla este señor!)

ESCENA XIV.

DICHOS, UN LACAYO.

ERN. Tío, ya las seis he oído.
RAMON. Hola, apetito tenemos?
Pues entonces comeremos.
LACAYO. (Entrando vestido con magnífica librea.)
El señor está servido.

PABLO. ¡Chico, qué librea!
RAMON. ¿Vés?
PABLO. ¡Pero si vale un tesoro
la librea!
RAMON. Si está el oro
en mi casa á puntapiés.
Puedes gastar sin empacho.
Á puntapiés, por talegas.
PABLO. Pero, hombre de Dios, le pegas
puntapiés á ese muchacho?
RAMON. No, Pablo, no se los doy,
metáfora quiso ser.
Así te deseo ver
de buen humor!
PABLO. Así soy.
RAMON. Vaya, qué hacemos aquí?
Enrique, usted el primero.
ENR. (Ofreciendo el brazo á Amparo.)
Señorita...
AMPARO. Caballero.
SOL. (¡La da el brazo!)
ERN. (Ofreciendo el brazo.) ¿Prima?
SOL. Si.
RAMON. Conque sentamos por base
(Cogiéndose de su brazo.)
y principio riguroso.
PABLO. ¡Que víve siempre dichoso
quien viaja en primera clase!
(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD y AMPARO.

AMPARO. ¿Qué tienes, Soledad?
SOL. Nada.
AMPARO. ¡Qué rostro tan pensativo!
¿Estás enfadada?
SOL. No.
AMPARO. ¿Conmigo?
SOL. ¿Por qué contigo?
AMPARO. Eres otra.
SOL. Soy la misma.
AMPARO. No me tratas con cariño
como antes.
SOL. Pues como siempre.
AMPARO. Yo lo niego.
SOL. Y yo lo afirmo.
AMPARO. Me recibiste al llegar
con placer, con regocijo.
Desde los primeros días
el usted fué suprimido
y en un abrazo sincero
como hermanas nos unimos.

Pero hace ya tantos días
que tan distinta te miro.

SOL. No, Amparo, no te preocupes.
En el mundo en que vivimos
hay horas de alegre sol
y otras tristes. ¿Quién de hastío
no padece? ¿Quién está
en un éxtasis contínuo?

AMPARO. Pero aunque estás enfadada,
¿no es conmigo?

SOL. No es contigo.

AMPARO. ¿Eres la misma? ¡Mi hermana!

SOL. Sí, tu hermana.

AMPARO. Ahora respiro.

ESCENA II.

DICHAS, ENRIQUE.

ENR. Muy buenos días, ¡Amparo!

AMPARO. Enrique.

ENR. ¿Qué tal ha ido?
¿Y don Pablo?

AMPARO. En sus faenas,
no descansa.

ENR. Es un bendito.

AMPARO. Soledad.

ENR. ¡Ah! Soledad.

SOL. (Bien, ni siquiera me ha visto.)

AMPARO. Viene usted todos los días.

SOL. No es de ahora.

ENR. No, desde niño:
juntos nos hemos criado
y juntos hemos crecido.
Yo soy su hermano.

SOL. (¡Otro hermano!)

ENR. Y con el tiempo el cariño
ha aumentado, pero siempre
ha permanecido el mismo.
Como hermanos nos queremos.

SOL. (¡Nunca me ha dado ese título!)

ESCENA III.

DICHOS, D. PABLO.

PABLO. (Por la derecha primer término con un cuaderno en la mano.)
Diez, veinte, treinta, cincuenta,
de cincuenta llevo cinco,
cinco y dos siete y dos nueve...
nada, esto es un desatino.
¡Qué tenga un hombre palacios,
tierras, dehesas, cortijos,
montes, caballos, carruajes,
y toda clase de títulos
de Deudas, aquí y en todos
los países conocidos!
¡Es atroz!... Dos y dos cuatro.
¡Injusto!... Dos y tres cinco.
¡Criminal! Tres y tres, seis.
Se comprende el socialismo.
Seis y seis, catorce... ¡Adios!
Ya no sumo, ya divido.
ENR. ¿Qué hace usted, don Pablo?
PABLO. Nada.
Trabajar, este es mi oficio.
ENR. Si usted quiere que le ayude.
PABLO. Muchas gracias. No es preciso.
ENR. Si hago falta.
PABLO. (¡Qué simpático
y qué bueno es este chico!)

ESCENA IV.

DICHOS, D. RAMÓN, ERNESTO por la derecha, segundo término.

RAMON. Señores.
ERN. Muy buenas tardes.
SOL. Juntos el tío y el sobrino.
ENR. ¿Y de dónde?
RAMON. Del Senado,

de cumplir cual buen patricio.
SOL. ¿Y tú, Ernesto?
ERN. Del Congreso.
PABLO. ¿Del Congreso?
ERN. De lo mismo.
PABLO. ¿Pero es usted diputado?
ERN. Al cumplir los veinticinco.
PABLO. ¿Por dónde?
ERN. Por mi mamá.
PABLO. No conozco ese distrito.
ERN. Pues mi mamá se empeñó.
Como es prima del ministro,
y como tenemos tierras
y colonos y cortijos
en Córdoba, ya hace tiempo
me dijo un día: hijo mío,
tú no te ocupas en nada,
y te aburres de lo lindo.
¿Querrías ser diputado?
Es un cargo muy tranquilo.
Yo le contesté que sí.
Dicho y hecho: ella lo hizo;
y vine... no sé por donde
me siento... no sé en qué sitio,
hablan... no sé de qué asuntos,
y votan... no sé qué artículos.
Dicen que sirvo á mi patria,
pero aun no lo he conocido.
RAMON. ¡Qué cabeza tan ligera!
SOL. Nunca habla en serio mi primo.
ERN. Sólo cuando hablo de amor
á mi prima, que es mi ídolo.
ENR. (Á Amparo.)
Le gusta mucho burlarse,
pero en el fondo es buen chico.
AMPARO. Yo le aprecio, en esta casa
tan solo he encontrado amigos,
simpatías, afecciones.
Tengo á todos tal cariño.
ENR. ¿Á todos, Amparo?
AMPARO. Á todos.
SOL. (¡Y sigue el coloquioíntimo!)

RAMON. ¿Pero, qué haces Pablo?
PABLO. Cuentas,
y me he metido en un lío
espantoso.
RAMON. Pero Pablo.
PABLO. Me marean los guarismos.
ERN. Si yo lo dige.
PABLO. Esta casa
no es casa, es un laberinto.
¡Qué dineral!
AMPARO. ¡Pobre padre!
PABLO. Hasta mil cuento seguido,
cuando son cientos de miles
ya me turbo, ya vacilo,
pero en llegando al millón,
Ramón, soy hombre perdido.
Y mira tú que fenómeno
tan raro que no me explico.
No me impresiona mirar
los billetes, y tranquilo
los voy contando, los doblo
y allá en la caja los tiro.
El oro nuevo, apilado,
ya me turba con su brillo.
Pero lo que me trastorna,
lo que yo nunca resisto
son las talegas. Míl duros
apretados y metidos
en un saco bien atado
y muy tieso y muy macizo,
me causan terror, asombro,
sudores y escalofríos;
y cuando son quince ó veinte
y cuando en fila los miro,
al contemplarlos sentados
tan redondos y rollizos,
me parece ver un coro
de canónigos ú obispos,
y me inclino y los saludo
como si viera al cabildo!
RAMON. ¡Pobre Pablo!
ENR. ¡Tiene gracia!

AMPARO. ¡Es tan bueno!
SOL. ¡Tan sencillo!
RAMON. Conque estás tan mareado
que es para tí un logogrifo
lo que se gasta en mi casa!
PABLO. Con todo: una cosa he visto.
SOL. ¿Cuál es?
PABLO. Que se gasta mucho,
y ya desde hoy no transijo,
y les voy á atar muy corto
porque para eso administro:
un carruaje para tí,
otro para ese palmito,
y otro más para nosotros
son muchos coches, amigo.
ERN. Propongo una economía.
RAMON. ¿Tú, Ernesto?
ENR. Algún desatino.
ERN. Se suprimen desde hoy
los tres coches.
PABLO. Suprimidos.
ERN. Se venden los seis caballos.
RAMON. ¿Vamos á hacer ejercicio
andando á pié?
ERN. No, señor.
Se compra de desperdicio
un ómnibus con dos mulas
y vamos todos reunidos.
SOL. ¡Qué atrocidad!
ENR. ¡Ir en ómnibus
al teatro Real!
AMPARO. ¡Pobrecillo!
Siempre burlándose de él.
RAMON. Poco á poco; no permito
que á mí Pablo...
RABLO. Déjalos.
No me hieren: no me pico.
Broma amistosa que es prueba
de confianza y de cariño.
Tienen razón en el fondo.
No me doy por ofendido.
Te dige que no servía

y ya vés cómo no sirvo.
Y por eso... si fué cierto
que eres un amigo mío,
vuélveme la libertad,
quítame pronto estos grillos,
rompe esta jaula dorada,
deja que vuelva á mi nido!

RAMON. ¡Hombre, por Dios, estás loco!

SOL. Se ha ofendido sin motivo.

ERN. Don Pablo, yo siento mucho,
que unas palabras que he dicho
sin intención.

PABLO. Si no es eso.
Si yo no estoy resentido,
si es que tengo la nostálgia
del campo.

ERN. ¡Qué desvarío!

PABLO. Cada uno tiene sus gustos
y de ellos nada hay escrito:
usted su café, sus toros,
su teatro y su casino;
yo mi campo, mis abejas,
mis vides y mis olivos.
Mis bancales son mi reino,
mis árboles son mis hijos,
la hermosa naturaleza
el altar donde me humillo.
No descanso en todo el día,
paso trabajos prolijos,
si la sequía me asusta
me causa horror el granizo;
pero trás el rudo invierno
asoma Mayo florido,
y alcanzo en frutas y flores
un premio á mis sacrificios.
Cada gota de sudor
me da mil granos de trigo;
en el arbol que podé
cuelgan dorados racimos,
y por la abierta ventana
se meten rosas y lirios.
Por todos partes favores,

recompensas, beneficios
con exceso, porque Dios
es generoso y benigno,
y sólo cuadra á los hombres
el ser desagradecidos.

RAMON. Y el más ingrato eres tú.

PABLO. ¡Ingrato yo! Nada he dicho.
Fué una locura. Aquí estoy.
Me tienes á tu servicio
para siempre, y se acabó.

RAMON. Eso quiero.

ERN. Y yo retiro
la proposición del ómnibus.

PABLO. Y yo me vuelvo á mis libros
y á mis cuentas: hasta luego.
¡Cuánto número, Dios mio!
Lo que es ahora salen bien
dos por ocho veinticinco.
(Vase por la derecha primer término.)

RAMON. (Como no le ayude yo
no va á concluir en un siglo.)

ESCENA V.

SOLEDAD, AMPARO, ENRIQUE, ERNESTO.

ERN. Poeta del alma mía,
¿á cómo estamos de versos?

SOL. Se han publicado dos tomos.

ENR. Hoy ha salido el tercero.

AMPARO. Á mí los versos me encantan.

SOL. ¿Le has traido?

ENR. Aquí le tengo.

AMPARO. ¡Qué alegría! ¡Venga, venga!

ENR. Tome usted.

SOL. Vamos á leerlos.

ERN. ¡Bravo! Que los lea Enrique.
¡Qué gran rato pasaremos!
Que lea algo pastoril,
aromático y poético.
Unas rojas amapolas,
unos azulados cielos,

y sobre unos verdes campos,
unos nevados borregos,
y un pastor con manos negras
tocando á la sombra un cuerno.

ENR. No, tú no oyes la lectura.

ERN. ¡Pero hombre!

ENR. Nos pasearemos
en el jardín.

ERN. ¡Pero Enrique!

ENR. Que lean solas.

ERN. Yo prometo
no burlarme.

ENR. No es posible.

ERN. Con solemne juramento.
Prima, intercede por mí.

SOL. ¡Vete, vete, no seas terco!

ERN. ¡Amor mío, ingrata, hermosa!

SOL. ¡Ay, te odio!

ERN. ¡Cómo progreso!
(Salen al jardín.)

ESCENA VI.

SOLEDAD, AMPARO.

AMPARO. Pues solas nos han dejado,
hay que aprovechar el tiempo.

SOL. Hace unos versos preciosos
Enrique.

AMPARO. Pues ya lo creo.
Tiene mucha fantasía
y muchísimo talento,
una gracia encantadora
y un privilegiado ingenio.
Y además tan cariñoso,
tan sencillo, tan modesto.

SOL. (¡Cuánto elogio!)

AMPARO. ¿No es verdad
que él es digno del aprecio,
del entusiasmo de todos,
del cariño?...

SOL. Por supuesto.

(Y sobre todo del mío,
que ha sido siempre el primero,
porque del tuyo, si él quiere,
sin ese... nos pasaremos.)
¿Pero no quieres leer?

AMPARO. Con tu permiso.

SOL. Empecemos.
La primer hoja... cualquiera,
todas han de tener mérito.

AMPARO. ¡Ay! «Á una rubia »

SOL. ¿Á una rubia?

AMPARO. ¿No te gusta?

SOL. Poco: encuentro
el asunto algo vulgar.
De las rubias ya sabemos
lo que dicen los poetas
sobre poco más ó menos.
Son ángeles, serafines,
tienen ojos como cielos
y vuelan. Sigue adelante.

AMPARO. Prosigo, si es tu deseo.
«Á ella.»

SOL. Bien. Vamos á ver.

AMPARO. Esto ya promete. Empiezo.
«Tienes los ojos azules
y tienes rubio el cabello.»

SOL. ¡Otra rubia! No la leas.
Al fin el mismo argumento.
Pasa veinte hojas á ver
si otros asuntos más nuevos
le inspiran (y sobre todo
si cambia el color del pelo.)

AMPARO. Pues de un salto á la mitad.
«Al sol.» Romance.

SOL. Me alegro.
Eso es cosa diferente;
es el asunto más bello.

AMPARO. Le dirá cosas sublimes,
preciosas.

SOL. Vamos á verlo.

AMPARO. «Sol, eterno peregrino,
que cruzas el firmamento,

hijo-hermoso de la noche
y padre del Universo.»

SOL. Empieza muy bien.

AMPARO. Muy bien.
«Yo te adoro, te venero,
dorado sol, rubio sol.»

SOL. (¡También rubio, Dios eterno!)

AMPARO. ¿Ya no te gusta?

SOL. Vulgar.
De los soles ya sabemos
lo que dicen los poetas.
Desde el inmortal Homero
hasta el insigne Zorrilla,
todos han subido al cielo
á ver al sol y á la luna,
y bajar y decir luego
que la luna es triste y pálida
y el sol de color de fuego.

AMPARO. Sigamos. «Á una moneda
de cinco duros.» ¿Qué es esto?

SOL. Toma, género festivo,
algún romance ligero

AMPARO. «¡Oh, moneda! no te adoro
por tu sonido halagüeño,
ni porque vales cien reales,
ni porque debo al casero;
te adoro, porque recuerdas
con tu color el cabello
dorado del ángel mío.»

SOL. ¡Basta, basta! ¡Qué tormento!

AMPARO. Descontentadiza estás

SOL. Contiene preciosos versos
el primer tomo, el segundo,
pero lo que es el tercero...

AMPARO. Como le ha escrito deprisa,
quizás la falta de tiempo.
Le ha escrito desde que vine.

SOL. Sí; ya lo sé: ya lo veo.

AMPARO. Pues estos á mí me agradan
aunque tú pongas mal gesto.

SOL. Diferencias de colores,
digo, de gustos es eso.

AMPARO. (Corre á la ventana.)
Mírale, está en el jardin.
SOL. ¿Solo?
AMPARO. Solo. Se fué Ernesto
sin duda.
SOL. ¿Sí?
AMPARO. Ya me ha visto.
¿Me pregunta por sus versos
el pobre? ¡Son muy bonitos!
(Levantando la voz.)
Á mí me gustan al ménos.
¡El del sol!... ¿Qué soy yo el sol?
¿Que baje? Voy. Hasta luego.

ESCENA VII.

SOLEDAD.

—La escalinata de mármol
baja de un salto, corriendo
le alcanza, ¡ya está con él!
La dá el brazo... ¡Qué paseo
tan delicioso! ¡Qué caras,
qué semblantes tan risueños!
Quiere una flor... ¡Ya la corta,
se la coloca en el pecho,
y otra vez á sonreir
y más juntos!... ¡Ay, que siento
en el alma! Una tristeza,
una angustia, un desaliento,
un dolor.. Envidia, rabia,
y amargura y odio... ¡Celos!
Desde que esa niña infausta
penetró en mi casa, huyeron
de mis labios la alegría
y de mis ojos el sueño.
Enrique ya no es Enrique,
está cada vez más léjos,
está cada vez más frio...
¡Es ella, es ella! ¡Le pierdo!
¡Ahora están leyendo el libro!
¡Ahora sentados los veo!

Él con su frente acaricia
de ella el dorado cabello!
¡Es esa la eterna rubia
del libro de sus ensueños!
¡Oh, señor, si en un color,
si en ser blanco, si en ser negro,
ó si en ser rubio, se funda
el amor, si un fundamento
tiene tan pobre, tan frágil,
tan fugáz y tan pequeño,
¿cómo es que resiste tanto?
¿cómo es que llega tan dentro?

ESCENA VIII.

SOLEDAD, JACINTA por la izquierda, primer término.

JACINTA. Señorita, venga usted.
¡Vaya un traje! ¡Qué portento!
SOL. ¿El traje de quién?
JACINTA. El suyo.
Es más que lujoso, expléndido,
el que ha de llevar al baile.
SOL. ¿Precioso?
JACINTA. No tiene precio.
¡Y puesto en usted, Dios mio!
Pues si tiene usted un cuerpo
más gracioso, más lucido.
Qué, ni el cuerpo de ingenieros
en donde yo tengo el mio,
mi ingeniero, no mi cuerpo.
¡Y esa cara!
SOL. ¡Aduladora!
JACINTA. ¡Yo adular! En eso pienso.
Mire usted, cualquier muchacha
parece bien si está léjos
de usted, y se dice: es guapa,
los ojos... el talle... el pelo...
Pero en viéndola á su lado,
ya parece un esperpento.
SOL. ¡Jesús!
JACINTA. Entre la más bella,

y usted, no duda ni un ciego.
La prefiere á usted.

SOL. ¿Á mí?
Tú crees...

JACINTA. Vaya si creo.

ESCENA IX.

DICHAS, D. RAMÓN por la derecha, primer término.

RAMON. ¿No vas á ver tu vestido?
¡Cuántos encajes le ha puesto!
Irás divina con él.

JACINTA. Ya vé usted como no miento.

RAMON. Para completarle falta
solamente un aderezo.

SOL. Es verdad.

RAMON. ¡Voy á traerte
el más rico, uno soberbio,
magnífico! ¿Para quién
tiene tu padre el dinero?
Las vas á humillar á todas,
será tu triunfo completo.

JACINTA. (¡Cómo la quiere el señor,
la adora!)

RAMON. Tu caballero
será Enrique.

SOL. ¿Va á ir Enrique?

RAMON. Me lo ha prometido. Iremos
juntos, y tu de su brazo.
Ya verás qué satisfecho
y orgulloso te pasea
por los régios aposentos.
Ante tu simpar belleza,
ante el resplandor de fuego
de tu diadema de piedras,
nos verás locos y ciegos:
á Enrique de amor, á mí
de placer, á ellas de celos!

SOL. (¡Enrique de amor!) Sí, padre.
Anda pronto, te lo ruego.
¡Las joyas que valgan más,

las más ricas!

RAMON. Pronto vuelvo.

(Sale por la derecha, segundo término.)

JACINTA. La modista está en su cuarto.
Quiere probarle.

SOL. Al momento.
Que espere un instante... voy...
¿El traje es bello?

JACINTA. ¡Muy bello!
Y puesto en usted.

SOL. ¡Por Dios!
¡Calla, que ya me avergüenzo!

(Sale Jacinta por la izquierda.)

ESCENA X.

SOLEDAD.

—Todavía están allí.
¡Ya no me importa, Dios mio!
¡Va á ir conmigo! ¡Desvarío
sin duda! ¡Me quiere á mí!
Deslumbrarle allí no espero,
ni lo pretendo siquiera.
Lo que anhelo es que me quiera
lo mismo que yo le quiero.
Pues á vencer su desvío.
¿Desvío? ¡Pura ilusión!
¡Alégrate, corazón!
Antes lloraba, ahora río.
Cuando el alma en la porfía
de celos y amor se abrasa,
¡qué fácilmente se pasa
del dolor á la alegría!
Ella es hermosa mujer,
más dicen que yo lo soy.
No lo he creido hasta hoy,
pero hoy lo quiero creer.
De rosa puedo ir hermosa,
dos rosas llevar deseo
en la cara... ahora lo veo
todo de color de rosa.

Aquella nube que avanza
también es rosa... ¡Ay! señor,
también adoro un color,
el color de la esperanza! (Por la izquierda.)

ESCENA XI.

AMPARO, ENRIQUE; vienen del brazo, del jardin.

Enr. ¿De veras la gusta tanto
mi libro? Son mis poesías
tan incoloras, tan frías.
Amparo. Tienen verdadero encanto.
Enr. Por bondad me lo asegura
nada más.
Amparo. Nunca he mentido.
Enr. Otros habrá usted leido.
Amparo. Es mi afición la lectura:
fué mi compañero eterno
el libro, el consuelo mío,
él me salvó del hastío
de los días del invierno.
El viento frío silbaba,
la nieve espesa caía,
mi padre á casa volvía,
la ancha puerta se cerraba;
ardía la chimenea,
nos sentábamos los dos,
me daba un libro ¡y adios,
larga noche de la aldea!
Yo leyendo con pasión,
él oyendo con placer;
pero en fuerza de leer
él perdía la atención.
La una daba y no la oía,
mi lectura continuaba,
la lumbre se me apagaba
y mi padre se dormía.
Enr. Y de tantos que leyó
el mío...
Amparo. El mejor le hallé.
Enr. Vale el aplauso de usté

el de todos.

AMPARO. Eso no,
eso no, Enrique.

ENR. Eso sí,
porque es un libro inspirado
por usted, y consagrado
á usted sólo.

AMPARO. ¡Sólo á mí!

ENR. Porque ese libro que hastío
le debe dar al lector,
habla nada más de amor,
de un amor grande, del mío!
Porque esa mujer que vé
en sus páginas pintada,
esa mujer retratada
treinta veces, es usté!

AMPARO. ¿Eso es verdad?

ENR. Nunca miento.

AMPARO. Jamás hubiera creido...

ENR. Créalo usted.

AMPARO. ¿Cómo he podido
inspirar tal sentimiento?

ENR. Su belleza angelical.

AMPARO. Tan vulgar me hizo el señor.
¿Yo belleza?

ENR. La mejor,
la belleza natural,
la que las almas conquista,
la que brilla en cualquier parte
sin el auxilio del arte,
sin tocador ni modista.
De la luz artificial
requiere el pobre mechero
el brillante reverbero
ó la bomba de cristal;
pero el sol luz á raudales
nos manda, de Dios es obra,
y él se basta y él se sobra
sin espejos ni cristales.

AMPARO. Mi educación.

ENR. Se la dió
don Pablo bien esmerada.

AMPARO. Mi palabra...
ENR. Delicada.
AMPARO. Soy pobre.
ENR. No más que yo.
AMPARO. Y humilde.
ENR. La quiero así.
AMPARO. Olvídeme.
ENR. No podré.
AMPARO. Su porvenir.
ENR. Es usté.
AMPARO. Le va usté á perder por mí.
ENR. No, Amparo, nada hay que tuerza
mi voluntad. La he de amar.
Con usted sabré luchar,
sin usted no tendré fuerza,
sin usted no quiero nada.
Mucho antes de su venida
era para mí la vida
una carga muy pesada.
El mundo triste crucé
con la amargura en la frente,
y me agitaba impaciente
esperando no sé qué.
Hay días de resplandores
y otros de melancolías.
Presentimos alegrías
y adivinamos dolores,
y el alma que está más ciega,
y el corazón más dormido
de lejos escucha el ruido
del amor que hacia uno llega.
Y yo á usted la presentía,
hace tiempo la esperaba,
á veces me impacientaba,
otras confianza tenía.
Y cuando al fin llegó usté
hermosa, pura y modesta,
el alma me gritó: ¡es esta!
y yo dije: ¡ya lo sé!
¡Sí, Amparo, ilusión querida
la más bella, la mejor,
no dudes: tú eres mi amor

y mi esperanza y mi vida!
Oye mi amoroso afán,
no sean mis ruegos vanos.
(Apoderándose de sus manos.)
¡Díme que nunca estas manos,
nunca se separarán!

AMPARO. ¡Basta!

ENR. ¿Quieres que llorando
y á tus piés te lo suplique?

AMPARO. ¡Enrique, por Dios!

PABLO. ¡Enrique!

AMPARO. ¡Mi padre!

PABLO. ¡Qué estoy mirando!

ESCENA XII.

DICHOS, D. PABLO por la derecha, primer término.

PABLO. No pensaba... no creía
en usted... sinceramente.
Es una niña inocente,
don Enrique, la hija mía.
No nació en clase elevada,
nada tiene que la sobre;
mas por humilde y por pobre
ha de ser más respetada.
Si acaso piensa en impías
seducciones ó en afrentas,
usted ha echado sus cuentas
mucho peor que yo las mías.

ENR. Usted me conoce mal
y juzga severamente
acción que, si no inocente,
no es tampoco criminal.
No hable usted en mi desdoro,
de villano no me tilde.
Por modesta, por humilde
y por buena yo la adoro.
Aunque la ví tan hermosa
seducirla no he querido,
y de rodillas le pido
que me la dé por esposa.

PABLO. ¡Usted, don Enrique!
ENR. Yo.
Mi alma á todas la prefiere,
á todas, y si ella quiere...
PABLO. ¿Pero ella no ha dicho?...
ENR. No.
El pobre corazón mío
entre mil dudas batalla.
Baja los ojos y calla.
¿Será pudor ó desvío?
Pregúntela usted por mí.
De usted mi ventura espero.
PABLO. Habla: ¿le quieres? (Bajo.)
AMPARO. Le quiero.
PABLO. Á mí me ha dicho que sí.
ENR. ¡Qué dicha! Escucharlo ansío
de su boca encantadora.
AMPARO. Sí, Enrique.
ENR. Nos falta
su consentimiento.
PABLO. ¿El mío?
Yo le doy. Por Belcebú,
que el caso no es problemático.
De esta casa el más simpático
me ha sido usted... digo, tú.
El de mejor corazón,
el que siempre me ha escuchado,
el que nunca se ha burlado.
¡Ya conocí tu afición,
y el cielo será testigo
de que al verte y al mirarla,
ya soñaba con casarla
con usted, digo. . contigo!
Conque así, venid á mí
para que abrace á los dos,
y bendigamos á Dios
que nos ha reunido aquí.
ENR. ¡Con todo mi corazón!
AMPARO. ¡Qué alegría!
PABLO. Esto es gozar.
ENR. Ahora les voy á explicar
mis proyectos.

PABLO. ¿Cuáles són?
ENR. En dos palabras explico
mis planes. Tengo seguros
sobre unos veinte mil duros
en títulos.
PABLO. ¡Chico, chico!
Es un capital completo.
Entre los ricos descuellas.
Veinte talegas de aquellas
que me dan tanto respeto.
ENR. Vendo el papel.
PABLO. Convenido.
ENR. Nos vamos al pueblo.
PABLO. ¿Sí?
ENR. Y yo le compro á usté allí
las fincas que usté ha perdido.
PABLO. ¡Qué! ¡Mi huerta! ¡El emparrado
y la casita del cerro!
ENR. Y en tan hermoso destierro
viviremos!
PABLO. ¡Qué has hablado!
¡Qué has dicho! Las tierras mías!
AMPARO. Le vá á matar el placer.
PABLO. ¡Qué dicha! ¡Podré volver
á mis santas alegrías!
Á mirarme en los cristales
del manantial, á granel
coger el trigo, y la miel
apurar de mis panales,
y andar luciendo mi porte
soberbio como el que más
con mis palomas detrás,
el rey yo, y ellas la corte!
¿Pero renuncias así
á tu porvenir?
ENR. ¿Qué hacer?
Allí puedo componer
versos lo mismo que aquí.
En recuerdo de este día
yo quisiera regalarte
algún objeto, comprarte
cualquier cosa.

PABLO. Á la hija mía
nunca se la antoja nada.
ENR. Dime, ¿qué deseas?
AMPARO. Yo.
ENR. La ofrezco á mi esposa.
PABLO. No,
si es la insistencia excusada.
AMPARO. Pues hoy engañado estás.
ENR. ¿Ve usted?
AMPARO. No soy caprichosa,
pero...
PABLO. Bien. Será una cosa
de dos pesetas lo más.
ENR. ¡Don Pablo!
PABLO. Tiene una pasta.
ENR. ¡De dos pesetas!
PABLO. Que sí.]
Porque ésta las gasta así,
quiero decir, no las gasta.
ENR. Dime en suma lo que es.
AMPARO. ¿Lo digo?
PABLO. Ya lo sospecho.
AMPARO. Quiero una cruz para el pecho.
ENR. ¿De qué?
AMPARO. De azabache.
PABLO. ¿Vés?
ENR. Una guardo muy querida.
¿La quieres? ¡Tuya será!
Era de mi madre.
AMPARO. Irá
conmigo toda la vida.
PABLO. (Vamos, estoy más contento;
es un muchacho excelente.)
ENR. Corriendo voy, vivo enfrente,
vengo dentro de un momento.
Ese rostro soberano
para mí: yo le gané.
Ahora, delante de usté,
me deja besar su mano.
PABLO. Algo atrevidillo estás.
Lo concedo: uno por tí.
ENR. (Besando.)

¡Gracias! ¿Y otro?

PABLO. Otro por mí.

ENR. (Besando.)
Y otro por...

PABLO. ¡Por nadie más!

AMPARO. (¡Ya puedo en público amarle!)

ENR. (¡Soy feliz: ella me quiere!) (Sale.)

AMPARO. Me permites que le espere
en el jardin.

PABLO. Ve á esperarle. (Sale.)

ESCENA XIII.

PABLO.

Se cumplieron mis deseos.
El cielo los ha escuchado.
¡Qué gusto! Hemos acabado
de cuentas y de marcos.
Recobré mi libertad,
que es el mejor de los dones.
¡Vamos, si el tener millones
es una fatalidad!
¡Á mi casa! Loco estoy.
Esta idea me enamora.
Pero ¿quién le dice ahora
á Ramón que yo me voy?
Me insulta, me mortifica
y me llama ingrato amigo.
Lo que es á él no se lo digo;
pero aquí viene la chica.

ESCENA XIV.

PABLO, SOLEDAD por la izquierda, primer término.

SOL. ¡Estoy contenta! ¡Bendita
modista! ¡Qué habilidad!
¡Esta vez, sin vanidad,
voy á parecer bonita,
es que me sienta muy bien!!

PABLO. Está usted de buen humor.

SOL. ¿De bueu humor? Sí, señor.
Muy alegre.
PABLO. Yo también.
SOL. Yo por un traje divino.
PABLO. Yo por otro sans façón.
SOL. Yo por uno de salón.
PABLO. Yo por uno de camino.
SOL. ¡Cómo! ¿De camino?
PABLO. Si.
SOL. ¿Pero es que se vá á marchar
sin querernos escuchar?
¿Por qué dejarnos así?
¡Oh! no lo hubiera creido.
Despues de lo que ha pasado,
que mi padre ha suplicado.
y que usted ha prometido
guardarnos rencor!
PABLO. No tal,
¿usted en serio lo toma?
SOL. ¡Ah! vamos.
PABLO. Si fué una broma,
usted ha entendido mal.
SOL. Mi papá se mortifica.
Es necesario estar loco.
PABLO. (¡Caracoles! Pues tampoco
se lo digo yo á la chica.)
SOL. ¿Se ha arrepentido usted ya?
Con franqueza: hable usted claro.
PABLO. Si yo... no... (Ya vuelve Amparo.)
Amparo se lo dirá.
(Por la derecha, primer término.)

ESCENA XV.

SOLEDAD, AMPARO con la cruz sobre el pecho.

SOL. Se turba... decir evita...
¿Qué es lo que ocultan de mí?
AMPARO. ¡Qué dicha! ¡Ya estoy aquí!
¡Con mi cruz! ¡Qué rebonita!
SOL. Pero Amparo ¿qué te pasa?

AMPARO. Me pasa que alegre estoy.
SOL. La bendición de Dios hoy
ha caido en esta casa.
Á nadie triste se vé.
AMPARO. Y mi padre ¿dónde está?
SOL. Está dentro.
AMPARO. Voy allá
para enseñarle esto.
SOL. ¿El qué?
AMPARO. Nada, esta cruz.
SOL. No es de oro.
AMPARO. De azabache.
SOL. Bonitilla,
muy sencilla.
AMPARO. Muy sencilla,
para mí vale un tesoro.
Es desde hoy lo más querido
para mí, lo más sagrado,
por darla quien me la ha dado
y por ser de quien ha sido.
SOL. No entiendo.
AMPARO. Acércate, ven.
Á tí no te he de ocultar...
Pues... me la acaba de dar
mi futuro esposo.
SOL. ¿Quién?
¿Tu futuro esposo?
AMPARO. Si.
SOL. Ya, del pueblo, algún pariente.
AMPARO. Nada de eso, de repente
lo hemos decidido aquí.
Yo le amaba cariñosa,
pero vivía callando;
más él á mis piés llorando
me ha pedido por esposa.
¿Aun no aciertas?
SOL. Acertar
no puedo.
AMPARO. No cabe error.
El que más vale, el mejor.
Ya no tienes que pensar,
Enrique!

SOL. ¿Qué dices?
AMPARO. Si.
¿Te sorprendes? Cómo no.
No me le merezco yo;
pero él lo ha querido así.
Es recuerdo de su madre
y siempre la llevaré.
¡Soy feliz! ¡La besaré
veinte veces! Padre! Padre!
(Sale corriendo por la derecha.)
SOL. ¡Enrique! ¡No puede ser!
¡Ha mentido! ¡No lo creo!
¡Enrique dice! ¡No veo,
no me puedo sostener!

ESCENA XVI.

SOLEDAD, RAMÓN por la derecha, segundo término, con dos ó tres estuches.

RAMON. Aquí me tienes. Espero
que contenta quedarás.
Te traigo tres nada más,
lo mejor. Fuí al joyero,
la tienda le revolví,
cien joyas examiné,
los tres estuches tomé
y á mi berlina volví.
En mí la mirada fija
hasta la puerta salió
y al despedirse exclamó:
¡Feliz padre y feliz hija!
Conque ven, te enseñaré...
¡Mira este collar de perlas!
¿Qué tal? Maravilla verlas.
¿No te gustan?
SOL. ¡Déjame!
(Dominando su emoción.)
RAMON. Bueno, mira el medallón.
¡Qué trabajo! ¡Qué limpieza!
¡Qué esmeraldas! ¡Qué riqueza!
¡Son hermosas!

SOL. ¡No lo son!
(Conteniendo el llanto.)
RAMON. ¿Tampoco? vencerte espero.
¿Y estos pendientes? ¿Qué tal?
Estos valen un caudal.
¿Te los pongo?
SOL. ¡No los quiero!
(Ocultando la cara.)
RAMON. Tuve mala mano. Espera.
Aun pienso acertar. Nosotros
los hombres .. Corro por otros.
Te traigo la tienda entera.
Mas ¿qué tienes, hija mía?
¿Por qué me ocultas la cara?
(Soledad rompe á llorar.)
¿Tú lloras? Cosa más rara.
¿Por esto?... ¡Qué niñería!
Que no marchite el dolor
ese rostro angelical,
ven, si yo he elegido mal
tú los eliges mejor.
Para tu cuello ó tu frente
lo nuevo, lo más extraño:
ópalos de gran tamaño,
turquesas de azul de oriente,
de gruesas perlas un río,
los brillantes de más luz!
¿qué quieres?
SOL. ¡Quiero una cruz
de azabache, padre mío!
RAMON. ¿Nada más? Pues voy ligero
y vuelvo. Cese tu afán.
SOL. No, padre, no te la dan.
No se compra con dinero.
Por la que suspiro loca
se da con el corazón,
se la besa con pasión
y en el pecho se coloca.
No vale nada, no es bella,
mas siempre en el pecho anida,
se lleva toda la vida,
se va al sepulcro con ella!

RAMON. Ese semblante... ese acento...
esa vaguedad de ideas...
¿Qué tienes ó qué deseas?
Responde, que me impaciento.
Calma tu pecho recobre.
Cuanto quieras traerte espero.
Todo lo puede el dinero.
¡Soy muy rico!

SOL. ¡Eres muy pobre!

RAMON. Mi orgullo en no serlo fundo.
Ninguno más rico es.
¿Qué quieres ver á tus piés?
Todo se compra en el mundo.
Que tu pecho no taladre
el dolor. Llorando así!
¿Qué quieres que compre, dí?

SOL. ¡Cómprame la dicha, padre!

RAMON. ¡La dicha!

SOL. No es delirar,
aunque es mi dolor profundo.
¡Somos pobres! En el mundo
todo se puede comprar;
pero no lo que yo anhelo,
la dicha, que no se vende.
¡Cuando ella quiere, desciende
de su patria, que es el cielo!
(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

D. RAMÓN, JACINTA.

RAMON. ¿Donde está la señorita?
JACINTA. Pasó en su cuarto la tarde
sin querer salir de allí
ni querer hablar con nadie.
RAMON. Dígale usted que se vista,
que esta noche va de baile
conmigo. Dí mi palabra
y ya no puedo excusarme.
Quiero ir pronto, que no me haga
esperar.
JACINTA. No será fácil
convencerla.
RAMON. Vaya usted
y dígala de mi parte
que por la primera vez
lo mando.
JACINTA. Voy al instante.
RAMON. ¿Está don Pablo?
JACINTA. Sí está.
En su despacho, incansable,

escribiendo, entre papeles
y libros, dale que dale.

RAMON. Dígale usted que le espero
porque necesito hablarle.

JACINTA. ¿Nada más?

RAMON. Nada más.

JACINTA. Voy.
(Hoy corren muy malos aires.)
(Sale por la izquierda, primer término.)

ESCENA II.

D. RAMÓN.

¡Pobre hija mía! ¡Sus sueños,
sus esperanzas amantes,
la única fe de su vida.
Su ilusión más pura y grande,
todo se ha venido al suelo
como castillo de naipes!
Ese hombre ingrato, ese Enrique,
á quien quise cual un padre,
á quien anhelaba dar
dichas, honores, caudales,
olvida amor y cariño,
y años que han pasado en balde
y prefiere lo primero
que se encuentra por la calle.
Y esos dos á quien saqué
de la miseria infamante,
y como propia familia
hasta mi casa los traje.
¿Cómo me han pagado? Hiriéndome
por detrás como cobardes
y llenando de amargura
el corazón de mi ángel,
y su boca de suspiros,
y mi frente de pesares.
Hipócritas me han callado
sus maquiavélicos planes,
¡oh! no será, yo lo fío,
vencerlos es cosa fácil,

verla llorar, imposible.
Por borrar de su semblante
una lágrima, daría
la última gota de sangre.
No habrá medio á que no acuda
ni recurso que me baste.
Seré impío, cruel. Ni hombre,
ni amigo. ¡Seré sólo padre!
De pronto el mal ha venido.
Pues el remedio al instante.
No espero una hora, un minuto.
Á las ocho y media sale
un tren; pues en él se irán.
Yo les haré el equipaje
al simpático señor
y á la niña interesante;
y allá á la aldea, á vivir
en paz, á tomar buen aire.
Viene Enrique, y no los halla.
Le digo que no se alarme,
que vuelven. Cuatro mentiras,
las primeras que me agraden.
Tiene su dinero en casa:
con cuatro excusas vulgares
no se lo doy... Le entretengo
fácilmente. Hago que pasen
días, semanas y meses.
La ausencia va prolongándose,
y da su fruto. El olvido
nunca quiere llegar tarde.
El capricho se le pasa,
la costumbre de mirarse
en mi casa le encadena
otra vez, y ¡adios, afanes,
otra vez los tres felices,
juntos y solos como antes!
¡Á luchar! Ya viene Pablo.
¡Oh, corazón, no desmayes!
Dos amigos enemigos!
¿Por qué ha venido á matarme?

ESCENA III.

D. RAMÓN, PABLO por la derecha, primer término.

PABLO. ¿Me llamabas?
RAMON. Te llamaba.
PABLO. Algún asunto...
RAMON. Importante.
PABLO. ¡Tienes mala cara!
RAMON. Sí.
PABLO. ¿Es algo desagrable?
¿Una desgracia? ¿Qué ocurre?
Nadie puede interesarme
como tú. ¿Qué te sucede,
mi buen Ramón?
RAMON. No te alarmes.
(Si empieza de esta manera
será imposible que yo hable.)
No se trata de mí, Pablo.
Se trata de tí, ¡qué diantre!
la verdad. Tú bien conoces
mi franqueza y mi carácter
PABLO. ¿Se trata de mí?
RAMON. De tí.
Vengo hace tiempo observándote
y disgustado te veo.
No tienes fuerzas bastantes
para el cargo que te he dado.
Te abruma, ¿por qué engañarte?
no sirves, tienes razón.
Me he convencido, aunque tarde.
Por tu libertad suspiras,
los verdes montes te atraen,
pues abierta está la jaula,
eres libre como el aire.
PABLO. ¿Soy libre?
RAMON. Puedes volar.
PABLO. ¡Qué! Tú mismo anticipándote
á mis deseos.
RAMON. Yo mismo.
PABLO. ¡Ay! ¡Ramón! ¡Dios te lo pague!

y yo que no me atrevía...
Si ya está hecho el equipaje,
lo tengo todo dispuesto.
¡Qué dicha! Escucha mis planes.

RAMON. Antes escucha los míos.
Á las ocho y media sale
un tren y en él os marchais
los dos.

PABLO. ¡Los dos!

RAMON. ¡Al instante!

PABLO. Tan pronto.

RAMON. Sí, ya lo he dicho.
Quiero que no te retrases.

PABLO. ¡Á las ocho!

RAMON. Corre prisa.

PABLO. ¿Qué es esto, dí?

RAMON. Anticiparme
á tus deseos Tú mismo
lo decías poco hace.

PABLO. Esto no es dejarme ir,
Ramón.

RAMON. ¡Pablo!

PABLO. ¡Esto es echarme!
Esto es poner á un criado
en la mitad de la calle.
Y echado yo no me voy
sin saber la razón antes,
porque aunque poco merezco,
no merezco tal ultraje!

RAMON. Ultraje, no.

PABLO. Aunque no sirvo,
no cometí disparates.
Todos mermaron tu hacienda
y vivieron engañándote,
y yo tu renta aumenté
en muchos miles de reales.
Quien saca con la cabeza
las cuentas tan bien las hace
que si gran cabeza tiene
se queda con una parte,
pero yo que entiendo poco
de cifras y cantidades,

con el corazón las hice
y no he podido robarte,
que éste sabe de cariño
lo que de cuentas no sabe.
Yo no alcanzo tus razones,
razones ó veleidades;
pero echado no me voy.
Me marcharé cuando bajes
á la estación con nosotros,
me despidas y me abraces,
y yo bese á Soledad
y tú á Amparo, y saludándose
con manos y con pañuelos
y con silenciosos ayes,
unos llorando se queden
y otros llorando se marchen!

RAMON. ¡Pues márchate ó quédate,
hablador insoportable!
¿Por qué si tan bueno eres
viniste á mortificarme?
¡Manzana de la discordia
en mi casa feliz antes! (Sale por la izquierda.)

PABLO. ¡Manzana de la discordia!
yo el más bueno, el más afable,
el más justo, el más sencillo,
dicho sin ofensa á nadie!
Equivoqué alguna cuenta,
eso es: he sumado reales
en vez de sumar pesetas
y en tamañas cantidades
en un millón me he comido
tres. ¡Jesús! ¡Qué disparate!
En la última operación
que hemos hecho tan en grande.
La pignoración de Cubas.
¿Pero por qué ha de llamarse
Cubas un papel, señor?
Y por qué un hombre importante,
decente, tiene un millón
de Cubas! ¡Mortificarle
yo! ¡Si no debe ser esto!
Si ha de ser cosa más grave.

ESCENA VI.

D. PABLO, ERNESTO por la izquierda, primer término.

ERN. ¿Cómo vá, don Pablo? Bien.
PABLO. No muy bien, querido Ernesto.
ERN. Anímese usted, don Pablo,
ensanche usted ese pecho.
¿En qué piensa? ¿En sus gallinas?
PABLO. No, señor; no pienso en eso.
ERN. No pase penas por nada
y mírese en este espejo.
Nadie debe estar más triste
y siempre me vé contento.
PABLO. ¿Usted triste? ¿Qué le pasa?
ERN. Nada: diez años haciendo
el amor á una mujer
y estoy cada vez más lejos
de alcanzar de Soledad
el dulce sí que pretendo.
Hoy ni recibirme quiso
y se encerró en su aposento.
PABLO. Lleva usted muy mal camino.
Se burla siempre.
ERN. No es eso.
PABLO. El padre querrá casarla
con un príncipe. El dinero
vuelve locos.
ERN. No señor.
Ella alimenta en su pecho
una pasión; y él no es
príncipe ni mucho ménos.
Aunque la quiere ocultar
de todos, todos la vemos.
PABLO. Pues yo no sé; yo no he visto.
ERN. ¡Ay! don Pablo, los paletos
saben poco de pasiones.
La montaña, el aire frío,
los dulcísimos aromas
del tomillo y del romero

inspiran afectos suaves
y tranquilos sentimientos.
Se quieren por la atracción
irresistible del sexo;
se casan porque es costumbre
casarse siempre en el pueblo;
y empiezan á echar al mundo
muchachos gordos y frescos,
con la frescura mayor
y con el mayor sosiego,
y luego come el que come
y el que no se chupa un dedo.

PABLO. ¿Pero una pasión, por quién?

ERN. Por Enrique ¿está usted ciego?

PABLO. Por Enrique.

ERN. Sí, señor.

PABLO. ¿De seguro?

ERN. Ya lo creo.
Ella le quiere, él se deja
querer... no puede hacer menos.
El padre está deseando
llamarle pronto su yerno,
y yo los miro y me aguanto
porque Dios me dió este genio.
Si este Enrique, que es un chico
listo, pero un poco escéntrico,
encuentra alguna muchacha
de ojos azules y tiernos,
con belleza, con candor,
sin malicia y sin dinero,
y llega á morir por ella
de amor en algún exceso
epiléptico-romántico-
hidrofobico-poético.
¡adios paz en este albergue,
y adios idilio casero!

PABLO. (¿Será posible? ¡Dios mio!)

ERN. Hoy no quiere verme, bueno.
No sale. Me marcho. Á usted
le importuno.

PABLO. No por cierto.

ERN. Quiero dejarle entregado

á sus graves pensamientos.
Esta noche voy de baile
¡Cómo nos divertiremos!
Me voy á poner el frac
y la cruz, porque hoy la estreno.
¿No sabe usted que me han dado
una cruz?

PABLO. Cuanto celebro.
¿Y por qué la cruz?

ERN. ¿Por qué?
Por lo que dan los gobiernos
siempre esas cosas.. por nada,
porque sí, yo nada he hecho.
Mi madre es quien la ha pedido
sin duda. Yo no me meto
en esas cosas. Mi madre,
mi Providencia. Hasta luego.
(Sale por la derecha, segundo término.)

ESCENA V.

PABLO.

—Alguna vez estos séres
tan inútiles y excépticos
sírven para algo en la vida.
Éste los ojos me ha abierto.
No, Ramón, yo no he de ser
tu verdugo. Estaba ciego,
viví en la sombra, hoy he visto,
hoy mismo pondré remedio.
Lejos nos deseas ver,
pues nos vas á ver muy lejos.
La conozco... ¡Amparo mía!
Me sigue llorando, pero
me sigue... ¡Pobre criatura!
¡Pudo ser feliz!... ¡Mi cielo!
Por ella la vida, mas
luchar con ellos no puedo!
¿Y cómo decirla ahora?
¡Con qué frases, con qué acentos!
¿qué fábula inventaré?

¿qué recursos ó qué medios?
No, la diré la verdad,
con sencillez, sin rodeos.
¡La verdad es lo mejor
para los que nacen buenos!

ESCENA VI.

D. PABLO, AMPARO por la derecha, primer término.

AMPARO. ¡Adios, padre! Mírame.
Aquí siempre la verás. (Por la cruz.)
PABLO. ¡Amparo! ¡Qué alegre estás!
AMPARO. ¿Tú lo sientes?
PABLO. ¿Yo? ¿Por qué?
AMPARO. Como tan serio te veo.
¿Estás preocupado, dí?
PABLO. Un asunto grave.
AMPARO. Si,
grave?
PABLO. Y hablarte deseo.
AMPARO. Solos estamos los dos.
PABLO. En tu buen juicio confío.
AMPARO. No es alegre, padre mío?
PABLO. ¡Ay! no lo es.
AMPARO. ¡Vaya por Dios!
PABLO. Siéntate.
AMPARO. Ya me he sentado,
PABLO. Mucho más cerca de mí.
AMPARO. Voy... Ya me tienes aquí
feliz estando á tu lado.
PABLO. En medio á tantas venturas
tú no habrás dado al olvido
todo lo que hemos sufrido.
Aquel tiempo de amarguras,
de miserías, de agonías.
Tus lágrimas, mi tristeza,
nuestra terrible pobreza.
AMPARO. Bien me acuerdo. ¡Tristes dias!
PABLO. Un hombre, no, un caballero
lo supo, y á mi corrió
generoso y nos salvó.

AMPARO. Don Ramón. ¡Cuánto le quiero!
PABLO. Un ángel de soberana
belleza, bajo su techo
te acogió, te abrió su pecho.
AMPARO. Sí, Soledad, es mi hermana.
PABLO. Con el alma conmovida,
cuando aquí nos encontramos,
en aquel día juramos
dar por ellos nuestra vida.
Por él que tan oportuno
me apartó del precipicio.
Dijimos: no hay sacrificio
que no hagamos.
AMPARO. No, ninguno.
PABLO. No fueron vanos extremos.
AMPARO. No he de arrepentirme ahora.
PABLO. Pues ha llegado la hora
de hacerle, Amparo.
AMPARO. Le haremos.
PABLO. Esa que tu hermana ha sido,
esa en silencio adoraba
á un hombre, en quien ya miraba
confiada su prometido.
Viniste... te vió... te amó...
le amaste... Soledad llora,
el padre quizás deplora
tanto bien como nos dió,
y aquí vinimos á herir
de muerte por tu desdicha,
de Soledad, tanta dicha
de Enrique, tal porvenir.
AMPARO. ¿De Enrique?
PABLO. Con tal mujer
será todo. De él se trata.
¡Tu amor le pierde, le mata!
AMPARO. ¿Y qué podemos hacer?
PABLO. Yo le escribo de buen modo
en tu nombre que nos vamos,
que su dicha deseamos
y que se ha concluido todo.
Á Ramón el adios doy
y de ellos nos despedimos,

y antes que él venga partimos
en el primer tren de hoy...
En esta noche cruel
nos vamos lejos de aquí.

AMPARO. ¿Nos vamos por siempre?

PABLO. Sí.

AMPARO. ¿Nos vamos sin él?

PABLO. Sin él.
En tu corazón confío.
Tu voluntad no se tuerza.
¿Tendrás valor, tendrás fuerza?

AMPARO. Pienso que no, padre mio.

PABLO. Sí, hija, sí. No temas ya
la misería. El corazón
conozco de mi Ramón.
No nos abandonará.
Volveremos á la aldea,
á nuestras dichas pasadas,
á nuestras dulces veladas
cerca de la chimenea.
Nos dará consuelo Dios.
De nuestro Enrique hablaremos,
y al nombrarle lloraremos
como dos niños los dos.
Ante una ilusión perdida
se llora un mes y otro mes,
mas no siempre, que no es
eterno el llanto en la vida.
Mas tarde no lloraremos.
Como una compensación,
con gozo y satisfacción
y orgullo le nombraremos,
diciendo con ale-ría:
es feliz, vive dichoso,
es rico y es poderoso,
nadie le iguala en el día
y brilla más que los otros
y sobre todos figura...
¿Sí? Pues toda esa ventura
se la hemos dado nosotros!
El amor mejor perece,
ceden odio y ambición,

mas si acaba la pasión
el sacrificio engrandece
y el bien hecho no se olvida,
y en la conciencia y el alma
nos deja frescura y calma
para el resto de la vida.
¿No es verdad?
Espérate.
(La quita el collar y la cruz,)
Viene.

AMPARO. ¡Me vas á quitar
mi cruz!

PABLO. La voy á guardar.
Luego te la volveré.
Vivirás siempre llevándola.
Es tuya; mas sé piadosa.
Te hizo bien, fué generosa:
no la hieras enseñándola.

ESCENA VII.

DICHOS, SOLEDAD por la izquierda.

Soledad vestida de baile, pero con un gran abrigo que la cubre.

SOL. (Los dos.)

AMPARO. (No podré fingir.)

PABLO. Amparo, serenidad.
¡Eh! ya está aquí Soledad,
ya te puedes despedir.

SOL. ¿Se van?

PABLO. Al fin he vencido.
¿Qué hacer? Los viejos tenemos
unas rarezas... Volvemos
á nuestro rincón querido.
El permiso conseguí
de su padre, y nos marchamos.
Como vinimos nos vamos,
los dos solos.

SOL. ¿Solos?

PABLO. Sí.

En el tren que ahora saldrá.
Afán tan grande tenemos...
Despedirnos no podremos
de Enrique.

SOL. ¿No?

PABLO. Usted lo hará.

SOL. (¿Qué es esto?)

PABLO. Quizá en la vida
no le volvamos á ver.
No hay nada que disponer.
Ya preparé la partida.
Voy á coger el abrigo.
En tanto despídete,
dala un abrazo, que fué
muy buena para contigo.

SOL. Señor don Pablo, perdón
si no le dejo marchar.
No nos puede usted dejar
sin darme una explicación.
Yo quiero saberlo todo.
Engañarme no es honrado.

PABLO. Pues ya está todo explicado.

SOL. ¿Por qué te vas de este modo,
Amparo? ¿Qué ha sucedido?
¡Entre ayer y hoy, qué contraste!
¿Hace dias no me hablaste
aqui de tu prometido
con timidez, con sonrojos;
pero con tal alegría,
que tu cara se reía
por la boca y por los ojos?
Si te quiso y le quisiste,
¿por qué se nubla tu frente?
¿Por qué te vas de repente?
¿Por qué sola, por qué triste?
¿Cómo tu suerte ha cambiado
en algunas breves horas?

AMPARO. ¡Mi padre... Dios mío!

SOL. ¿Lloras?
(¡Su padre! ¡Te has delatado!)

PABLO. Ella llora... yo también.
Mis ojos el llanto arrasa.

Llora al dejar una casa
donde la han querido bien,
que fué nuestra salvación,
donde la paz encontramos,
donde los dos nos dejamos
todo nuestro corazón.
Al pensar en tal partida
nos está ahogando la pena,
y ella llora porque es buena
y porque es agradecida.
¿Entiende usted?

SOL. Está claro:
lo he entendido.

AMPARO. (¡Qué suplicio,
Dios mío!)

SOL. (¡Qué sacrificio
tan inútil!)

PABLO. (¡Pobre Amparo!)
Así, pues, anda ligera.
Ya poco tiempo tenemos.
Dala un abrazo y marchemos.

AMPARO. Adios, Soledad.

SOL. Espera.
Amparo: tal villanía
en tí no puedo pensar.
Tú no te puedes marchar
de este modo, hermana mía.
Aquí os amásteis los dos,
fé eterna juraste aqui,
no puedes marcharte así
sin darle el último adios.
Sin decir por qué te vas,
sin decir por qué le olvidas,
sin restañar las heridas
que en su pecho causarás
con tu mano ó tu pañuelo,
sin darle por vez postrera
una palabra siquiera
de piedad ó de consuelo.
Voy á llamarle.

AMPARO. No.

SOL. Sí.
PABLO. No es necesario el aviso.
SOL. Es verdad: ya no es preciso.
AMPARO. (¡Ah, Dios mío! ¡Viene aquí!)

ESCENA VIII.

DICHOS, ENRIQUE por la derecha, segundo término.

AMPARO. Delante de él no podré. (Bajo á D. Pablo.)
PABLO. Es fuerza que te contengas.
SOL. Celebro mucho que vengas.
Te iba á llamar.
ENR. ¿Para qué?
SOL. Es deseo de los dos.
Nos van por siempre á dejar
y no se quieren marchar
sin darte el último adios.
ENR. ¿Qué dices? ¿Se marchan?
SOL. Sí.
ENR. ¡Para siempre!
SOL. Eso pretenden.
Ya ves que no se defienden.
ENR. ¿Y se van sin mi?
SOL. Sin tí
ENR. Que estoy soñando sospecho
ó que Soledad delira.
Es imposible, es mentira.
¿Qué ha sucedido ó qué he hecho?
Olvidarme así .. ¿por qué?
¿Me ha engañado Soledad?
¡Amparo, dí la verdad!
¿Qué es esto?
PABLO. Yo lo diré.
Le ruego que no replique.
Es este un último adios.
Nos vamos, porque los dos
le queremos mucho, Enrique.
Usted nos quiere seguir,
que esa es su dicha asegura.
Yo la llamo una locura
y no la he de consentir

Olvide locos amores.
Aquí está su vida entera,
su porvenir, su carrera,
las riquezas, los honores
que han de darle ejecutoria
de noble y de caballero,
aquí el brillo del dinero,
aquí la luz de la gloria!
Allí nada, allí la aldea,
lo pequeño, lo mezquino,
ni horizonte, ni camino,
ni un resplandor, ni una idea.
Para la ambición que crece
toda senda está cerrada.
La miseria te degrada,
la soledad te embrutece.
Pasado un primer momento
de ilusión .. te cansarías
de todo... nos odiarias
y no es ese el sentimiento
á que aspiramos de ti.
En tí vuelve... no nos sigas...
¡Queremos que nos bendigas
algún día desde aquí!

ENR. ¡Qué cambio! Si ayer me amó
¿por qué me arroja al abismo?
Amparo, ¿piensas lo mismo?

AMPARO. Sí, Enrique.

SOL. ¡No piensa, no!
¡Te está mintiendo su boca!

AMPARO. (Bajo.) ¡No, Soledad, déjame,
sé dichosa y ámale!

SOL. (Bajo.) ¡Calla, niña, tú estás loca
(Alto.) Usted no tiene razón
y dice lo que no siente
y Amparo baja la frente
con triste resignación.
Usted ha batido palmas
ante su amor satisfecho,
y ahora no tiene derecho
para destrozar dos almas!
Lo que él contesta está claro.

Para él lucha ni victoria.
Su honra, su dicha, su gloria,
su porvenir es Amparo.
Es esta lucha cruel,
pues que esta lucha concluya.
¡Pon esa mano en la suya,
Amparo, y vete con él!
Tú ¿qué esperas?

ENR. ¡Nada espero!
(Soledad los une.)

PABLO. (¡Esta chica nos aplasta!)
Soledad...

SOL. ¡Don Pablo, basta!
¡Así ha de ser, yo lo quiero!

ESCENA IX.

DICHOS, D. RAMÓN por la izquierda.

SOL. Á tiempo llegas aquí.

RAMON. ¿Qué hay?

SOL. Una nueva dichosa.
(Presentando á Amparo.)
Papá, la futura esposa
de Enrique.

RAMON. ¿De Enrique?

SOL. Sí.
Aquí donde tú me ves
yo dí término á su afán.
Dentro de una hora se van
los tres.

RAMON. ¡Se marchan los tres!

SOL. Perdóname si atrevida
sin darte siquiera aviso,
de repente, sin permiso
tuyo, arreglé la partida.
Allí la felicidad
les espera. ¡Pobres gentes!
Estaban tan impacientes
que les dí la libertad.
Su dicha participamos

¿no es verdad? ¡Qué más placer
ni qué más dicha que hacer
felices á los que amamos!
Es ya muy tarde, papá,
y yo atolondrada te hablo.
Despídete de don Pablo
que el tren les espera ya.

RAMON. Pablo: yo lamentaría
que te fueses resentido,
que no dieras al olvido
mis frases.

PABLO. ¡Qué tontería!
Como te quise te quiero.

RAMON. Y yo á tí. Para tí son
mi casa, mi posición,
mi influencia, y mi dinero.
¿Y tú no me dices nada,
Enrique?

ENR. No acierto á hablar,
no puedo en calma dejar
esta tranquila morada.
Contener el llanto trato;
pero que llore es forzoso.

RAMON. Pues adios y sé dichoso
y dame un abrazo (¡Ingrato!)

ENR. Y tú... (Á Soledad.)

SOL. Enrique... (Calma, ruin
corazón!) Venga esa mano
y adios!

ENR. ¡Es la de un hermano!

SOL. ¡La de un hermano! (¡Cain!)

AMPARO. (Bajo.) ¡Soledad, yo viviré
infeliz, si no me dás
tu perdón!

SOL. ¡Demente estás!
Yo perdonarte... ¿por qué?
Si alguna falta encontrara...
Te esperan...

AMPARO. ¡Sin tu perdón!

SOL. (Me ha herido en el corazón! (La besa.)
¡Se la devuelvo en la cara!)
(Salen por la derecha, segundo término.)

ESCENA X.

SOLEDAD, D. RAMÓN, después JACINTA.

RAMON. Mírame. ¿La misma eres?
¿y aquella ardiente pasión?
Dí: ¿qué es esto?
SOL. Esto es que son
un arcano las mujeres.
Le quisimos, le mimamos,
yo le dí amor, tu amistad.
Era nuestro, ¿no es verdad?
Así al menos lo pensamos;
mas voluble como un niño
apenas otra miró
en un dia se olvidó
de diez años de cariño.
Cuando tal conducta vi,
perdió su encanto mi amor
y en vez de sentir dolor
desdén profundo sentí
Lloré un poco, me calmé,
dijo: es indigno, esto es hecho.
Quité su imágen del pecho
y en el suelo la tiré.
RAMON. ¡Bravo! ¡La soberbia mía!
Bien, hija mia del alma.
¡Tú me devuelves la calma,
el reposo, la alegría!
Y ahora ¡al mundo, á la babel!
SOL. ¡Á brillar! ¡Á ser dichosa!
(¡Que me crea venturosa
para que lo sea él!)
RAMON. ¡Antonio!
ANT. Señor.
(Entrando por la izquierda.)
RAMON. ¡Los guantes
y mi claque! Despáchate.
SOL. ¡Jacinta!
JACINTA. ¿Qué manda usté? (Por la izquierda.)
SOL. ¡Las flores y los brillantes!

AMON. ¿Á ver el traje?
SOL. ¡Un primor
Quita el abrigo, papá.
(D. Ramón la quita el abrigo.)
¿Y Ernesto? ¿Dónde estará
ese trasto?
ERN. Servidor. (Por la derecha.)

ESCENA XI.

DICHOS, ERNESTO.

Ernesto de frac y con la cruz. Durante el diálogo que sigue Jacinta ayuda á Soledad á ponerse las flores y el aderezo.

ERN. Ya me tiene usted aquí.
¿Qué tal estoy? Mucha claque,
mucho chic, y mucho frac.
¿Y usted también, tio?
RAMON. Sí.
ERN. ¿Por qué me mira con sorna?
Mira mi cruz.
RAMON. Por supuesto.
ERN. Por primera vez la he puesto.
¿Qué quiere usted? Siempre adorna.
Acábate de vestir,
Soledad. Eres un plomo.
RAMON. ¡Magnífica fiesta!
ERN. ¡Cómo
nos vamos á divertir!
Mucha luz, mucho calor.
Las mujeres deliciosas
llevando encima tres cosas:
polvos, pintura y sudor.
Las solteras olvidadas,
las casadas por asalto,
las niñas con traje alto
y las viejas escotadas.
Hablar con alguna á solas
en el fondo de un salón:
bailar un mal rigodón
enredándose en las colas.

Ser galante y maldiciente,
ir á la mesa de juego,
hablar de su perfil griego
á alguna chata indecente,
y á la hora del ambigú
ir corriendo al comedor,
mostrarse gran bebedor
llamar á todos de tú,
y por un pavo fiambre
destrozarse con los codos
cual si estuviéramos todos
rabiando hace un año de hambre.
Y con fríos y con barros
salír para que aproveche
cuando las burras de leche
van á curar los catarros.
Y Enrique se puso el traje
de etiqueta como yo.

SOL. No va al baile Enrique.

ERN. No.

RAMON. Se va de viaje.

ERN. De viaje.

SOL. Viaje de luna de miel.

ERN. ¿De miel?

RAMON. Se marcha con ella.

ERN. ¿Con quién?

RAMON. Con su esposa bella.

ERN. ¿Con qué esposa?

RAMON. Con la de él.

ERN. ¿Y quién es su esposa?

RAMON. Amparo.

ERN. ¿Y el novio es Enrique?

RAMON. Sí.
¿Por qué me miras así?
¿No está claro?

ERN. No está claro.
¡Cosa más maravillosa!
No he visto un rayo de luz.
Yo no merezco una cruz,
don Ramón, sino otra cosa.

RAMON. ¡Ahora es la tuya!

ERN. (Bajo.) ¡Ahora, sí;

libre el campo me han dejado!

RAMON. Ya tu ocasión ha llegado.

ERN. ¡Ahora déjeme usté á mí!

SOL. Yo estoy pronta.

RAMON. ¡Ya es la hora!

SOL. ¿Cómo me hallais?

ERN. ¡Elegante!

RAMON. ¡Deliciosa!

ERN. ¡Interesante!

RAMON. ¡Hechicera!

ERN. ¡Encantadora!

RAMON. ¡Mira ese cuerpo por Dios!

ERN. ¡Qué cara de serafin!

RAMON. Lleva en el cuerpo un jardin.

ERN. Y en la cara lleva dos.

RAMON. Y las joyas que compré.

ERN. Yo no sé quien más chiflado
ni quién más enamorado
de los dos.

RAMON. Yo no lo sé.

SOL. Por Dios, papá... Primo mío...

ERN. En sus ojos, ¡cuánta luz!
¡Ay! Si además de esta cruz
me diera usted ésta, tío.
(Señalando á Soledad.)

SOL. Vamos.

ERN. Tu brazo hasta el coche.

RAMON. Yo te llevaré el abrigo.

ERN. ¿Hoy piensas bailar?

SOL. Contigo
bailaré toda la noche.

ERN. Seré feliz.

SOL. Lo seré
yo también. Qué alegres horas!!

ERN. (Dándola el brazo.)
¿Por qué tiemblas? ¿Por qué lloras?

SOL. ¡No me vendas! ¡Cállate! (Bajo.)

RAMON. ¡Qué lujo, qué poderío,
qué boato, qué grandeza!
¡Todo lo da la riqueza!

SOL. ¡Todo, todo, padre mío!

RAMON. De tu brazo se colgó. (Bajo á Ernesto.)

De su afecto te da pruebas.
Yo creo que te la llevas,
chico.

ERN. (Bajo.) Yo creo que no.
¿Con que vamos?

SOL. Vamos ya.

RAMON. Vas á brillar, á lucir.

SOL. Voy á bailar, á reir.

(Se dirigen á la puerta de salida: á lo lejos se oye el silbido de la locomotora. Soledad vacila y se detiene.)

(¡El tren! ¡Me deja y se va!
¡Mi amor, mi ilusión primera!)
¡Sostenme, Ernesto!

RAMON. El silbido
del tren.

ERN. (Á Soledad.) ¡Calla!

RAMON. (Con compasión.) Él lo ha querido.
¡Pobre Pablo! ¡Irá en tercera!
Cuando el frío le traspase
exclamará pesaroso
pensando en ésta: ¡dichoso
quien viaja EN PRIMERA CLASE!

(Cae el telón.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

